

REVISTA IBÉRICA

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Director: D. Juan Reina

Queda prohibida la reproduccion de los artículos literarios y científicos que se publiquen en esta Revista, salvo convenio especial.

SUMARIO.

1.º de Julio.
MR. EMILE ZOLA.—Santiago Damour (novela).
DON JOSÉ M. MATHEU—El gran comediante.
CLARIN—Un naturalista portugués.

DON PEDRO MELO Y NOVO.—El darwinismo y la filología.
DON ANGEL DE LUQUE.—Revista política exterior.
DON VALENTIN MARIN Y CARBONELL.—Sonetos.
DON JOAQUIN MORENO.—Libros nuevos.

REVISTAS EXTRANJERAS:
Le Correspondant
Revue des Deux Mondes.
The Edinburgh Review.
The North American Review
Revue Scientifique.

1.º de Julio.

La supresion del 10 por 100 sobre el importe de los billetes de los viajeros por nuestras vías férreas, es de aquellas reformas que más deberían interesarnos, por la provechosa huella que dejarla en pos de sí.

Toda reduccion en el precio de trasportes de personas o de mercancías, significa un aumento de actividad en la vida social, unas cuantas pulsaciones más por dia, merced á las cuales se desenvuelve y facilita la produccion, y el trabajo social se hace fecundo.

Esta consideracion basta, para que se comprenda la importancia de toda ley de rebaja, como la presentada al Senado por el ministro de Fomento. Falta hacia al gabinete Sagasta, que tantos y tan fundados ataques viene mereciendo, tener un rasgo, siquiera tan deficiente como hemos de ver, de atencion á los intereses del país.

La conveniencia de la rebaja, se patentiza con datos comparativos de lo que pasa en otras naciones. Las tarifas de viajeros en 1.ª, 2.ª y 3.ª clase en Francia, exigen de 10 á 7½ y 5 ½ céntimos de franco por kilómetro; las de Bélgica no pasan de 8 á 6 y 4 céntimos respectivamente, mientras que en España, donde los trenes están muy mal servidos, pagamos 12, 9 y 6 céntimos de peseta por kilómetro, es decir, casi el doble que en Bélgica, siendo de notar que el mayor recargo pesa sobre los viajeros de 3.ª clase.

¿Qué arguentos ó declaraciones con pretensiones de lógica, pueden oponerse á los datos estadísticos? ¿Puede dudarse de las ventajas que envuelve la facilidad en las comunicaciones?

Y si de los viajeros pasásemos á tratar de las mercancías, ¿cuántas protestas no podríamos consignar en nombre de los intereses nacionales, contra unas tarifas cuya proporcion con respecto á las empleadas en otros países, oscilan entre un 20 y un 80 por 100 más en España?

¿Encontrarán resonancia las quejas de la opinion pública en el seno de la Comision de tarifas?

Respecto á la legalidad de la medida, mucho se ha desvariado, así en la prensa como en el Parlamento; pero al fin se ha hecho luz en el asunto, y si es exacto, como consta en documentos oficiales, que las compañías

pidieron el auxilio por doce años y con carácter de reintegrable, no alcanzamos cómo se puede sostener que la concesion gratuita, disfrutada por las mismas durante diez y seis años, no pueda ser recogida por el gobierno que la otorgó, toda vez que la situacion de las empresas, si no tan satisfactoria como sus accionistas desearian, es evidentemente bonancible. Además, por ley económica, observada dado que esta ciencia es conocida, el aumento de viajeros compensará con creces el quebranto producido por la rebaja.

Todos los años las empresas utilizan las temporadas más á propósito en cada region para introducir notables reducciones en los precios de billetes de trenes especiales, y sabido es de todo el mundo cuán productivas son esas alteraciones que ellas proclaman y anuncian á los cuatro vientos para que sea lo mayor posible el número de sus favorecedores. ¿Por qué, pues, resistirse de ese modo á normalizar tan grandes ventajas?

Pero la lógica exige todavía más. Todos, absolutamente todos los argumentos empleados por el Gobierno, o mejor dicho, por el Sr. Gamazo, en la discusion de la alta Cámara, podrán ser utilizados en contra de lo que él mismo sostiene cuando del Gobierno se solicita lo mismo que de las compañías de ferro carriles. Si la industria y el comercio ganan con la rebaja objeto del debate, ¿cuánta no sería su utilidad haciéndola extensiva al 15 por 100 que el Gobierno exige?

Si se argumenta contra las compañías diciendo que el importe del recargo tendrá su compensacion con el exceso de movimiento, hay que pasarles por buena igual afirmacion cuando digan que suprimiendo una cuarta parte de lo que cuesta cada billete, los 6.000.000 de pesetas que, á consecuencia del recargo de 15 por 100, ingresan en las arcas del Tesoro, alcanzarían sobrada compensacion.

Así, sin mermar los ingresos del Estado, se daría impulso á la riqueza nacional.

Estas reformas traerian otras muchas y muy importantes; una de ellas, por ejemplo, la admision en Correos de paquetes postales cuyo peso no excediese de un kilogramo, como ocurre en Francia, lo cual á su vez aumentaría los ingresos del timbre.

*
* *

Por fin, el numeroso grupo de diputados que adopta el nombre de izquierda dinástica, se decide á reñir batalla con las maltrechas huestes del fusionismo. Tendremos elocuentes discursos de Martos y de Moret; tal vez se corra el fuego y hablen Romero, Cánovas y Castelar; el tupé de Sagasta ondeará en los aires como pendon de guerra, y las emociones producidas por cada nuevo ataque de los izquierdistas, tendrán todos los encantos del arte trágico que conmueve con catástrofes imaginarias.

Será un debate para señoras; una de esas contiendas parlamentarias que han venido á reemplazar á los antiguos torneos.

Porque cualquiera que sea el éxito obtenido por la izquierda monárquico-democrática ¿qué innovaciones puede traer?

El Gobierno Sagasta, agrupacion personal que no puede ser mencionada por un nombre de partido, está en perfecta crisis hace muchos días; se sostiene por la dificultad de sustituirle y porque á cualquier partido poco impaciente le seria molesto empuñar las riendas del poder en circunstancias tan críticas como ocasiona el no haberse terminado los presupuestos. Ningun nuevo quebranto pueden causarle los izquierdistas, como no sea obligando á Sagasta á transigir con ciertas reformas liberales que le acaben de enemistar con los ya vacilantes elementos del centralismo. Pero falta saber si hay unidad de planes en los oradores demócratas, si están conformes en el número y calidad de las reformas que solicitan y en el plazo que han de conceder al Sr. Sagasta para realizarlas. Lo único que no es necesario adivinar, es si el primer ministro está ó no dispuesto á transigir, porque tal vez él mismo lo ignora hoy.

Así como de las opiniones de ciertos políticos inflexibles, se afirma que están fundidas en el crisol de sus convicciones, podría utilizarse la frase con una pequeña alteracion, diciendo que el Sr. Sagasta funde y refunde las suyas en una maquinilla de viaje, adobándolas siempre con arreglo al último modelo.

La utilidad del debate que se proyecta no consiste, pues, en probabilidades de gobierno para la izquierda como partido, sino de venganza por los desdenes del señor Sagasta, que entre izquierdistas y centralistas opta por estos últimos, ó de componenda entre unos y otros, á fin de ir renovando ministerios con los hombres más caracterizados de la oposicion democrático-monárquica. Nuestros argumentos de la crónica anterior, siguen de pié. Mientras se ignore quién es el verdadero jefe de la izquierda, mientras nadie conozca en qué consiste su credo democrático, mientras sea imposible reunir dos oradores de ese grupo que puedan contestar categóricamente y en idénticos ó parecidos términos á estas preguntas: ¿qué extension debe tener el sufragio? ¿qué alcance las reformas de la Constitución? ¿Cuál de las dos Constituciones últimamente confeccionadas habrá de prevalecer en esa especie de amalgama que quieren los izquierdistas hacer con las dos? no será posible para ellos un gobierno viable.

El extraordinario talento del Sr. Martos y el no ménos claro del Sr. Moret verán esto de sobra: quizá si en el fondo de sus convicciones no hubiese cierto pesimismo respecto al desenlace de la campaña que sostienen, no apresurarían las escaramuzas, sino que darían larga tregua para aumentar los preparativos.

Lo que en realidad ocurre, es que nunca podría presentárseles ocasion para derribar á un gobierno más débil que el actual, ni tampoco podrían tener enemigo más flexible el día despues de la derrota que el Sr. Sagasta, jefe de un imponente cuerpo de empleados que combaten por sus puestos, teniéndoles sin cuidado los altos intereses de la nacion.

No deberia esta vez el Sr. Cánovas tener quejas de su ex-amigo el Sr. Alonso Martinez, ni siquiera del señor Martinez Campos, quienes tal vez con los diputados que les son adeptos, conservan la Constitución de 1876 contra la veleidad del presidente del Consejo de Ministros, que al menor tumbo de la nave del Estado, arrojaría, como lastre inútil, un Código tan violentamente combatido por él durante el periodo de se formacion, sin que supiera el país cuando admirarse más, si el día en que el Sr. Sagasta se declaró partidario condicional de esa Constitución, ó el día en que, ya ministro, afirmó, contestando al Sr. Martos, que jamás volvería á la Constitución del 69.

*
* *
*

Pretender que el Sr. Sagasta renuncie al poder en obsequio de los señores izquierdistas, seria una quimera; suponer que no en atencion á las personas, sino á las ideas, consentirá en las reformas que invocan como pretexto de lucha, seria olvidar que en toda la historia política del presidente del Consejo, al ménos desde los últimos diez años, no se recuerda un solo sacrificio de ese género. Así como el la última modificacion ministerial aparentó ceder á las influencias democráticas, admitiendo un ministro de esta procedencia, y lo que en realidad hizo fué anular al Sr. Romero Giron, imponiéndole las apostasías más crueles que pueden exigirse al político, al jurisconsulto y al escritor, obligándole á desdecirse de todas sus pasadas opiniones, de igual modo, el ministro de los derechos inaguantables, sólo accedería gustoso, cuando más, á ir admitiendo á su lado toda una serie de Romeros Giron que exponer sucesivamente á las iras de sus enemigos.

La nunca desmentida habilidad parlamentaria del señor Martos, su prevision de las veleidades del jefe constitucional, son buena guia de nuestro pronóstico. El largo periodo de tránsito que ha empleado el eminente orador, da indicios de su desconfianza. En lugar de colocarse á *honest*a distancia de la monarquía, pudo decir que se resguardaba huyendo las asechanzas de un amante coloso y poco seguro del amor que inspira.

Mas ocurre que el señor Sagasta, acusado con sobrada razon de apático, irresoluto, falta de convicciones y de credo político, no carece de ese conocimiento del mundo que durante tantos años le viene sosteniendo al frente de su partido; y por la misma razon que él puede, como Walpole, decir con arrogancia que sabe el precio á que cada hombre se cotiza, comprenderá que todos los días no se encuentra un Romero Giron.

El debate, pues, aunque puramente personal en el fondo, es de suma importancia para un partido de intereses personales, y si, como es de suponer, los jefes izquierdistas no se dan por satisfechos con un par de carteras, ambos partidos quedarán igualmente fatigados en provecho de un tercero, como verá el que viviere.



SANTIAGO DAMOUR.

II.

Damour lo pasaba bien en Noumea; habia encontrado trabajo y tenia esperanzas de conseguir el indulto. Era hombre de carácter dulce y aficionado á jugar con los niños; no hablaba de política, trataba poco á sus compañeros y vivía solitario. Únicamente podia echársele en cara el beber de vez en cuando; pero tenia *buen vino*; lloraba en abundancia y se iba por sí mismo á acostar.

Un dia, cuando ya se tenia por seguro su indulto, desapareció. La noticia de la fuga con cuatro compañeros causó general extrañeza.

Durante los dos años que llevaba de deportacion habia recibido varias cartas de Felisa, en un principio con regularidad, despues con ménos frecuencia y método. El escribia muy á menudo hasta que estuvo tres meses sin recibir noticias. Por este tiempo desesperó de obtener una gracia que tal vez tardaria un par de años, y en una de esas horas de fiebre, de que uno se arrepiente al otro dia, resolvió arriesgar el todo por el todo.

Al cabo de una semana fué hallada en la costa, á unas cuantas leguas, una barca destrozada y los cadáveres de tres fugitivos desnudos y ya macerados, no faltando testigos que pretendiesen reconocer á Damour. Uno de aquellos desgraciados tenia su misma estatura y su barba. Se abrió informacion con todos los requisitos legales y se levantó el acta de defuncion que más tarde habia de ser remitida á Francia á petición de la viuda, previa notificacion oficial. Toda la prensa comentó el suceso y una reseña sumamente dramática de la evasion y de su trágico desenlace fué reproducida en todos los periódicos del mundo.

No obstante, Damour vivía. Se le habia confundido con uno de sus compañeros, circunstancia tanto más extraña, cuanto que en nada se parecían, excepto en que ambos usaban barba corrida.

Damour y el cuarto de los escapados, que habia sobrevivido de milagro, se separaron tan luego como llegaron á tierra inglesa, sin que volvieran á verse más; sin duda el otro murió de fiebre amarilla, enfermedad que estuvo á punto de llevarse á Damour. El primer propósito de éste era prevenir á Felisa por escrito; pero habiendo leído por casualidad en un periódico que cayó en sus manos, la noticia de la propia evasion y muerte, creyó que la carta seria un medio imprudente, porque podian interceptarla, leerla y averiguar la verdad. ¿No seria preferible continuar muerto para todo el mundo? En adelante nadie se cuidaría de él;

regresaría libremente á Francia donde esperaria la amnistía para darse á conocer.

El terrible ataque de fiebre amarilla le tuvo varias semanas en un perdido hospital.

Cuando Damour entró en el período de convalecencia, experimentó una inmensa dejadez. Durante varios meses quedó muy débil y falto de voluntad: Diríase que la fiebre le habia quitado todos sus antiguos deseos. Nada queria y á cada momento se preguntaba para qué. Las imágenes de Felisa y de Luisa se le habian borrado; las veia siempre buenas, pero muy lejos y enmedio de una niebla que á veces le impedía reconocerlas. Cuando se sintiera fuerte pensaba unirse á ellas; mas cuando se vió sano, fué muy distinto el plan que ocupó su pensamiento.

Antes de reunirse con su esposa y con su hija deseaba hacer fortuna. ¿Qué hubiera hecho en París? Morirse de hambre; verse obligado á dedicarse nuevamente al torno y quién sabe si no encontraría trabajo, ahora que habia envejecido. Mas si, por el contrario, se marchaba á América, podia en pocos meses reunir unos 100.000 francos, modesta cantidad con que se contentaba, á pesar de las prodigiosas historias de millones que le zumbaban en los oidos. Le hablan hablado de una mina de oro, cuyos explotadores, hasta los más humildes braceros, ponían coche al cabo de seis meses.

Ya tenia arreglada su vida: volveria á Francia con sus 100.000 francos, compraria una casita cerca de Vincennes y allí disfrutaria de 3 ó 4.000 francos de renta acompañado de Felisa y de Luisita, feliz en su abandono y en su olvido de la política.

A los dos meses Damour estaba en América.

Entonces dió principio para él una vida turbulenta que le llevó al azar en una marejada de aventuras, á un tiempo extrañas y vulgares. Conoció todas las miserias y todas las fortunas. Por tres veces creyó haber reunido los 100.000 francos, y otras tantas se le escaparon entre los dedos, le robaban ó, en un supremo esfuerzo, él mismo se desprendía de lo adquirido. En suma, padecia, trabajaba mucho y andaba sin camisa.

Al cabo de idas y venidas por los cuatro cabos del mundo. los acontecimientos le llevaron á Inglaterra; de allí pasó á Bruselas en la misma frontera de Francia; mas no pensaba internarse en su patria. A su llegada á América habia escrito á Felisa, y no habiendo recibido contestacion á tres cartas, se habia forjado toda clase de suposiciones; ó interceptaban la correspondencia, ó su mujer habia muerto ó habia abandonado á París.

Un año después hizo otra tentativa inútil. Para no denunciarse si le abrían las cartas, es-

cribía bajo nombre fingido, hablando á Felisa de un asunto imaginario, en la esperanza de que conocería su letra y le comprendería.

Este gran silencio habia adormecido, en cierto modo, sus recuerdos. Habia muerto, no tenia á nadie en el mundo, nada le importaba ya. Durante cerca de un año, trabajó en una mina de carbon, debajo de tierra, sin ver el sol, comiendo y durmiendo sin desear nada fuera de allí.

Una tarde supo en la cantina, que la amnistía acababa de ser votada en París, y que todos los comunistas estaban regresando. Esto le despertó. Experimentó una sacudida, cierta necesidad de marchar con los otros, ver allá otra vez la calle en que habia vivido. Al principio fué un arranque inconsciente; despues, en el wagon que le conducia, maquinaba en su cabeza el modo de recobrar su puesto á la luz del sol si conseguia encontrar á Felisa y Luisa. La esperanza acudía á su corazon; era hombre libre; las buscaba abiertamente, y concluia por pensar que las encontraria muy tranquilas en su habitacion de la calle Envierges, puesta la mesa, como si le estuvieran esperando. Pronto se explicaria cualquier mala interpretacion Iría á la alcaldía, se daria á conocer y la familia emprenderia de nuevo su antigua vida.

La estacion del Norte en París estaba llena de tumultuosa multitud. Desde que se divisaron los viajeros empezaron las aclamaciones; el entusiasmo rayaba en locura; miles de brazos agitaban sombreros y de bocas gritaban nombres. Damour sintió un momento miedo; sin darse cuenta, se imaginaba que toda aquella gente habia venido allí para victorearle al pasar. Despues supo el nombre que se aclamaba, el de un célebre miembro de la Commune que venia precisamente en el mismo tren; un contumaz á quien el pueblo hacia una ovacion. Damour lo vió pasar muy inflado, con los ojos húmedos, conmovido por este recibimiento.

Cuando el héroe montó en un *fiacre*, la multitud trató de desenganchar el caballo; todos se atropellaban; el oleaje humano se dirigió á la calle La Fayette, formando un mar de cabezas por cima del cual se vela el *fiacre* marchar lentamente como un carro de triunfo.

Y Damour, pisado, apretado, consiguió difícilmente ganar los *bulevares* exteriores. Nadie se fijaba en él; todos sus padecimientos, Versalles, la travesía, Noumea, le vinieron á la mente en una crisis de amargura.

Ya en las afueras experimentó un enternecimiento singular. Todo se borró de su memoria, y llegó á creer que venia de llevar trabajo á París y que regresaba tranquilamente a la calle Envierges. Diez años de su vida se

agolpaban tan confusamente, que le parecia dejarlos á la espalda como una simple prolongacion de la calle. No obstante, sentia cierta extrañeza en comparacion de sus antiguas costumbres, cuando él entraba con tanta comodidad. Los *bulevares* exteriores le parecían extensos; el semblante de los transeuntes le emocionaba; se detenía delante de las muestras de las tiendas, admirado de verlas allí. No experimentaba la franca alegría de poner por fin el pié en un rincon querido de la tierra; era una mezcla de ternura en que parecia escuchar canciones novelescas llenas de sorda inquietud, la inquietud de lo desconocido, en aquellas cosas antiguas que él reconocía.

Su turbacion se aumentó al acercarse á la calle Envierges. Veia bien las mismas calles, las mismas tiendas, pero vacilaba al querer dar nombre á las fisonomías; toda aquella gente le parecia nueva, como si hubiese brotado en una noche. Y á medida que adelantaba se sentia desfallecer, no quería pasar más allá, como si le esperase una catástrofe. ¿Asunto de qué haber venido? ¿Qué tenia que hacer allí?

Tres veces pasó en la calle Envierges por delante de la casa sin poder entrar.

La carbonería de enfrente habia desaparecido; en su lugar habia una frutería y la mujer que estaba á la puerta le pareció de tan buen aspecto, tan á sus anchas instalada allí, que no se atrevió á preguntarla, como habia pensado al principio. Lo preferible era dirigirse á la portería. ¡Cuántas veces habia vuelto hacia la izquierda al fin del portal y llamado en el ventanillo!

—¿Teneis la bondad de decirme si madame Damour...?

—No la conozco; aquí no vive.

Damour se quedó inmóvil. En lugar de la enorme portera de otras veces, tenia delante una mujer pequeña, escuálida, que le miraba con cierto recelo. Otra vez insistió:

—Madame Damour vivia en el interior hace diez años.

—¡Diez años! exclamó la portera. ¡Bah, ya ha llovido desde entonces!... Nosotros estamos aquí desde Enero.

—Tal vez madame Damour haya dejado sus señas.

—No, no sé quién es.

Y ante la terquedad de él, ella se irritó y le amenazó con llamar á su marido.

—¡Acabará Vd. de mosconear en esta casa! Hay tantos que se introducen...

Damour enrojació y se retiró balbuciendo, avergonzado de su pantalon desfilachado y de su blusa vieja y manchada.

Ya en la calle, se fué cabizbajo; despues retrocedió sin decidirse á marchar así. Aquello

era para él como un eterno adiós que le angustiaba. Alguien tendría piedad de él, alguien le daría indicios. Y levantaba los ojos, miraba á las ventanas, examinaba las tiendas tratando de reconocerse.

Diez años habían bastado para que en aquellas pobres casas, donde los desahucios menudean como el granizo, hubiesen cambiado casi todos los vecinos. Además sentía no sé qué especie de estupor salvaje, que le hacía temblar ante la idea de ser reconocido. Al fin, cuando bajaba por la calle, consiguió ver caras conocidas; la vendedora de tabaco, un especiero, una lavandera y la panadera que en otro tiempo les proveía.

Continuó todavía un cuarto de hora más paseándose delante de las tiendas, preguntándose en cual de ellas se atrevería á entrar; sudando á causa del interior combate que sufría. Finalmente, se decidió á interrogar á la panadera, mujer adormecida, siempre blanca, como si acabase de salir de un costal de harina. Esta lo miró y no se movió del mostrador; sin duda no le había conocido con aquel cutis tan tostado, aquella cabeza calva recocida por el sol tropical y su larga barba estoposa que le chupaba la mitad de la cara. Esto le dió alguna osadía, compró un *su* de pan y se decidió á preguntarla:

—¿No cuenta Vd. entre sus clientes á una mujer con una pequeña... madame Damour?

La panadera se quedó pensativa, y respondió con voz suave:

—¡Ah! sí, antes de ahora, me parece recordar... pero hace mucho tiempo. Al presente no sé... ¡Como una conoce tantas personas!

Tuvo que conformarse con esta respuesta. En días sucesivos volvió más resuelto á preguntar á los vecinos; pero en todos veía la misma indiferencia, el mismo olvido con razonamientos contradictorios que le extraviaban cada vez más. En resumen, resultaba que Felisa había abandonado el barrio dos años próximamente después de la marcha de él á Noumea, precisamente por el tiempo de su evasión. Nadie sabía su nuevo domicilio; unos hablaban del Gros-Caillou, otros de Bercy; ni siquiera se acordaban de la pequeña Luisa. Asunto terminado. Una tarde se sentó en un banco del boulevard exterior, y se echó á llorar, prometiéndose no continuar las investigaciones. ¿Qué iba á ser de él? París le parecía desierto. Los pocos *sus* con que había vuelto á Francia se le estaban acabando. Por un momento resolvió volver á Bélgica á la mina de carbon en cuya densa oscuridad había vivido libre de recuerdos, feliz como un bruto en el despertar de la tierra.

No obstante, se quedó hambriento y miserable, sin poder hallar trabajo.

Todo el mundo le daba de lado, encontrándole demasiado viejo. No tenía más que cincuenta y cinco años, y le calculaban setenta, á causa de los diez que llevaba de padecimientos.

Vagaba de un lado para otro como un lobo; fué á las ruinas de los monumentos incendiados por la Commune, buscando una de esas ocupaciones que suelen confiarse á niños ó á ancianos débiles. Un picapedrero que trabajaba en el Hotel-de-Ville le prometió emplearle en guardar las herramientas; pero el ofrecimiento no se cumplía, y Damour estaba peciendo de hambre.

Un día que en el Puente Notre-Dame miraba pasar el agua con el vértigo de los desdichados que el suicidio atrae, se separó violentamente de la baranda, y en la rapidez del movimiento, estuvo á punto de derribar á un transeunte vestido de blusa blanca, que se puso á insultarle:

—¡Animal!

Damour se había quedado estupefacto mirando á aquel hombre:

—¡Berru! exclamó al fin.

En efecto, era Berru, que no había cambiado sino con ventaja su alegre semblante y su aspecto juvenil. Varias veces, después de su regreso, había pensado Damour en buscar á Berru; pero ¿dónde encontrar á un hombre que mudaba de alojamiento cada quince días?

El pintor desencajaba los ojos, y cuando Damour con voz trémula se le dió á conocer, no quiso creerle.

—¡Imposible! ¡Qué superchería!

Y al fin le reconoció, prorumpiendo en exclamaciones que empezaron á llamar la atención de los que pasaban:

—Pero ¿no te habías muerto?... ¿Cómo había yo de esperar una cosa así? No está bien bromearse de esa manera... Vamos á ver ¿de verdad estás vivo?

Damour hablaba bajo, suplicándole que callase. Berru, que encontraba el lance algo divertido en el fondo, concluyó por cogerle del brazo y llevarle á una taberna de la calle Saint-Martin. Y allí, lleno de curiosidad, le abrumó á preguntas.

—Ahora, dijo Damour cuando estuvieron sentados en el gabinete, ante todo. ¿Y mi mujer?

Berru lo miró con gran extrañeza.

—¿Cómo tu mujer?

—Sí; ¿dónde está? ¿No sabes su domicilio?

La estupefacción del pintor aumentaba.

Lentamente, respondió:

—En efecto, yo sé sus señas... Pero no conoces la historia?...

—¿Cuál? ¿Qué historia?

Entonces Berru prorumpió:

—¡Ah! Esto sí que es grande. ¡Cómo! ¿Nada sabes?... ¡Tu mujer se ha casado, vejstorio!

Damour, que tenía la copa en la mano, la colocó en la mesa, acometido de un temblor tal, que el vino se le derramaba por entre los dedos. Se los enjugó en la blusa, y exclamó con voz entrecortada:

—¿Qué es lo que me dices? Casada de nuevo, casada... ¿Estás seguro?

—¡Pardiez! tú te habías muerto y ella se ha vuelto á casar; nada tiene de extraño... El lance es chusco, porque ahora resulta que has resucitado.

Y en tanto que el infeliz palidecía balbuciendo los labios, Berru le contó detalles. Al presente Felisa era dichosa. Se había casado con un carnicero de la calle de los Monjes en los Batignoles; un viejo cuyos asuntos manejaba ella perfectamente. Se llamaba Sagnard; hombre grueso, de unos sesenta años, bien conservado, que vivía al final de la calle Nollet en una de las tiendas mejor arregladas del barrio, con rejillas pintadas de rojo y con cabezas de buey doradas en ambos lados de la muestra.

—¿Y qué piensas tú hacer ahora? repetía Berru como estribillo de cada detalle.

Damour, aturdido por la descripción de la tienda, respondía con ciertos movimientos de la mano que ya verían.

—¿Y Luisa? preguntó de repente.

—¿La pequeña? ¡Ah! No se... La habrán dejado en cualquier parte para librarse de ella, porque yo no la he visto con ellos... Verdaderamente, deberían devolverte la chica, puesto que para nada les sirve. Mas ¿qué sería de tí con una hija de veinte años, cuando no tienes ciertamente un aspecto muy presentable? ¡Eh, no te ofendas! pero en verdad sería cosa de darte una limosna.

Damour había bajado la cabeza, fatigado, sin que se le ocurriese palabra. Berru pidió un segundo litro y se decidió á consolarle.

—Vamos hombre, ¡qué diantre! Puesto que estás vivo, alégrate un poco. No está todo perdido; ya se arreglará eso... ¿Qué vas á hacer?

Y ambos se enfrascaron en una discusión interminable, renovando sin cesar los mismos argumentos.

Lo que Berru no decía nunca, era que tan luego como Damour se marchó había él tratado de arreglarse con Felisa, cuyo arrogante busto le seducía, y que conservaba cierta ira de que ella hubiese preferido al carnicero Sagnard, sin duda por ser más rico.

Cuando hubo pedido el tercer litro, exclamó:

—Yo en tu lugar iría á buscarles, me instalaría allí y plantaría á Sagnard en la calle si

me estorbaba... Después de todo eres el amo; la ley te favorece.

Poco á poco Damour se iba embriagando; el vino hacia subir llamaradas rojas á sus pálidas mejillas. A todo contestaba que ya verían. Pero Berru le hostigaba, le daba golpes en el hombro y le preguntaba si era hombre.

¡Y tanto como era hombre! ¡El había amado á aquella mujer! ¡El la amaba todavía, hasta el punto de pegar fuego á París por recobrarla! ¿Qué esperaba, pues?

Dado que le pertenecía, no necesitaba más que volverla á recoger. Ambos amigos, ya beodos, se hablaban con los puños en las narices.

—Allá voy, dijo de repente Damour, incorporándose con dificultad.

—¡Sea en buen hora! ¡Eso ha sido una picardía! exclamó Berru; yo voy contigo.

Y ambos partieron para los Batignoles.

Emile Zola.

(Continuará.)

EL GRAN COMEDIANTE.

Allá en el fondo de la provincia, en un barrio extremo de la ciudad, vive ó vegeta, tal vez herido por dolorosos recuerdos, ó en vías de arrepentimiento, olvidado de todos y desconocido de los vecinos, que le ven salir al oscurecer sin rumbo fijo, como cualquier por-diosero.

Es un hombre que habrá cumplido treinta años, moreno y esbelto, de ojos grandes y oscuros que pueden prestar á su fisonomía la expresión de refinada malicia ó de sincero afecto; una nariz gruesa y al parecer movable sirve á su vez como de acento en esta muda elocuencia de su rostro, sombreado por una gran barba negra. Su voz es recia y carraspeante como la del soldado que vuelve de la campaña atracado de pólvora y de aguardiente; y observándole de cerca, hubiérase creído también que su levita rota y su capa descosida y mugrienta acababan de prestar los últimos servicios.

Esta vida silenciosa y huraña llamaba la atención del vecindario, y se hacían diversos y entretenidos comentarios, sobre todo en los primeros días de su instalación.

Los vecinos, en su mayor parte labriegos, madrugaban para acudir á las campestres faenas, retirándose al descanso á la hora precisamente en que el desconocido salía de su tugurio. Había, por lo tanto, innumerables causas para despertar la pública curiosidad. *Primera*, no tenía oficio conocido: *segunda*, se daba á ver únicamente de noche: *tercera*, vivía solo:

cuarta, no se trataba con la gente: *quinta*, se le había *guipado* á la salida de una timba bastante desacreditada: y así por el estilo seguían otras muchas, más o ménos verosímiles, y por las cuales se le tenía sobre ojo.

Sólo su soledad se alivió al mes y medio, que le vieron acompañado de otra persona, de mejor vestimenta, aunque con el mismo aire de reserva y de despego para el vecindario. El género de vida continuó como antes; salían casi siempre juntos, pero solían retirarse á distintas horas. Despues de algun tiempo se supo que este amigote íntimo era un antiguo jugador de Madrid, conocido por *Chinitas*.

—Vamos, dijo uno de los que concurrían á la cantina de enfrente; es el compadre que le hacia falta.

Durante dos semanas repararon los vecinos que *Chinitas* salía solo. La curiosidad se despertó de nuevo. Luego vieron entrar al médico del barrio y todo quedó explicado: el desconocido estaba enfermo. Sin embargo, otro de los concurrentes lo comentó á su modo, y dijo:

—Eso es una borrachera.

Pero la borrachera duraba demasiado y no prosperó tal idea.

En fin, ya empezaba á convalecer cuando la vecindad fué sorprendida por un nuevo acontecimiento. Una tarde llegaron dos señoras jóvenes á la casa donde moraba el desconocido y preguntaron por D. Fernando Arenillas. La mujer interpelada les dió galantemente las señas, siguiéndolas con la vista mientras las jóvenes subían la escalera alegres y ligeras como dos pájaros. No eran mal parecidas, segun voz general, sobre todo la más jóven, á quien el deseo de sorprender al desconocido animaba su rostro con una encantadora jovialidad. En este rostro, de diez y siete primaveras á lo sumo, notábanse tres cosas que complacían al observador más descontentadizo: los dientes que eran blanquísimos, los ojos negros y dulces y las cejas grandes y arqueadas, sobre las cuales la morena frente parecia más tersa y más graciosa. Ambas vestían con gusto, pero sus faldas de medio color no podían ser más sencillas, lo mismo que sus sombreritos de viaje, que tal vez revelaban en su simple labor y adorno la mano práctica y hábil de la portadora.

En el momento que llamaban á la puerta, acababa nuestro desconocido de levantarse del lecho y vestirse á toda prisa. Creyó que seria *Chinitas* y abrió sin molestarse en preguntar, por lo cual su sorpresa fué muy grande.

—¡Fernando!... gritó la más jóven de las viajeras arrojándose á sus brazos. Luego sacó el pañuelo apresuradamente y se enjugó las lágrimas.

—Pero chiquilla, ¿qué significa esto? ¿De dónde vienes? ¿Cómo has podido indagar mi paradero? preguntó el desconocido, al mismo tiempo que aproximaba dos desvencijadas sillas, las únicas disponibles, para que se sentaran las mujeres.

La de más edad no era bonita; pero en sus ojos vivos y pequeños, en sus labios delgados y sin color, en el óvalo casi perfecto de su rostro, encontrábase un cierto sello de gravedad y de inteligencia que cautivaba á primera vista.

Cuando comprendió por el silencio el enterrecimiento de su compañera, se dirigió á Fernando y le dijo:

—Tiene Vd. á su hermana muy incomodada y con fundado motivo. ¡Volver á España sin avisarle! ¡Estar en Madrid y no preguntar siquiera por ella! ¡Recibir carta suya y no querer contestar!... Esto es atroz, caballero, permítame Vd. que se lo diga. Y la verdad, venimos únicamente para echarle una soberana peluca; una peluca de padre y señor mio, ¿No es eso, Lucía?

—Sí señor, sí señor, afirmó la joven ya más tranquila. Su conducta de Vd. es incomprensible... ¡No corresponder á su hermana con una pequeña muestra de cariño! ¡No haberle puesto ni aun cuatro líneas, despues de cinco años de separacion, diciendo: aquí vivo ó aquí muero!...

Al recuerdo de estos cinco años de trabajo, de orfandad y de lucha, tornó la pobre muchacha á entristecerse é inclinó la adorada cabezita para ocultar su emocion. El hermano que vió esto, se sentó á su lado y acariciándola y besándola en la frente, le dijo:

—¡Por Dios, Lucía, ten en cuenta mi situacion, que era desesperada!... Habia que ganar el pan de cada dia en un país inhospitalario... Mira; la fortuna me ha tratado como la peor de las madrastras; ni un solo beso de paz me ha concedido... De modo, hermana mia, que fui más desgraciado que tú, por lo que veo: tú has conquistado el cariño de una buena amiga; yo me encuentro más pobre que una rata y más solo que un estercolero que apesta.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? preguntó la compañera de Lucía. Y si hablo así es por lo que me ha contado su hermana de Vd. y por lo de la peluca. Usted abandonó sin motivo su carrera; Vd. no quiso tomar ningun oficio; Vd. llenó de disgustos y penas la vida de su difunto padre; Vd. se escapó de su casa con una pícaro mujer, desertó del ejército y se marchó Vd. á Buenos-Aires sin avisar á su madre, y sin conocer que aquella mancha y esta separacion podían agravar su enfermedad y llevarla al sepulcro. Repito, señor don Fernando, que esto es atroz, y que no sé lo que

usted merecía... Merecía Vd. que no le quisiera su hermana tanto como le quiere.

—Eso sí que no, repuso nuestro héroe con viveza, á la vez que empequeñecía la nariz por medio de una contracción nerviosa y ponía en su expresiva mirada levísima sombra de tristeza. ¿Verdad que me perdonas, Lucía mía? Yo me defendí como pude de mi *mala sombra*... Cierto que algunas veces obré mal, pero obré como un insensato, sin darme cuenta del daño que causaba á mi alrededor... Pero ahora será otra cosa; yo te prometo por la memoria de nuestra madre, no separarme de tí, vengarte de las injurias de la orfandad y hacerte tan feliz, que las pasadas desdichas te parezcan un triste sueño que se desvaneció para siempre... ¿Verdad que me perdonas, hermana mía?

—Cuántas noches, después de diez horas de trabajo, en casa de nuestros tíos, me acordaba de tí, y me decía á mí misma temblando de miedo y de frío: Si Fernando estuviera á mi lado no pasaría yo hambre, ni tendría que arastrarme por los suelos como la última de las criadas, ni sufriría el desprecio de estos parientes, ni me vería... pero no, no quiero contarte el horrible martirio á que me condenaron.

—Cuenta mujer, cuenta, insistió su amiga, para que sepa este caballero lo que vale su hermana, y el poco meollo que se necesita para no hacer caso de ella.

—Pues bien, continuó Lucía; después se empeñaron en que tenía vocación de monja y que había de entrar como novicia en las Mercenarias. Ya tú conoces aquella gente devota de Toledo, y es inútil añadir, que todos cuantos venían á casa eran de la misma opinión. Fuimos al convento, me hicieron conocer á la madre priora y á don Melquiades Romo, capellán de las monjas, que me sermoneaba todas las noches, y á quien yo no podía sufrir por lo mal que le olía la sotana. Así es, que me acostaba asustada y amanecía casi siempre llorando y pensando en aquellas horribles tinieblas del convento. Me faltaban las fuerzas para resistir. Algunas veces, mi tío, con sus ojazos de loco, se presentaba de repente en mi cuarto y me amenazaba con ponerme en la calle. Y siempre concluía del mismo modo: ¡Desgraciada de tí si no sigues mi consejo!... ¡algún día lo habías de llorar con lágrimas de sangre! Las palabras dulzonas de su mujer me hacían aún más daño, porque me echaba en cara la comodidad y los desahogos de nuestra casa. Eres muy señorita, hija mía, exclamaba á menudo. ¡Ah! si tu pobre madre no hubiera tenido una cabeza tan destornillada... no pasaría lo que pasa... ¡Jesús mío! tanto lujo y tantos requilorios para acabar á la postre por tener que comer patatas. Al mismo tiempo; cuando me miraba yo al espejo y me veía tan fea y tan

flaca, me ahogaba el despecho y la corajina que interiormente sentía contra todos ellos. Llegó por último una tarde en que creí volverme loca. Había bajado al huerto por verdura... de pronto me escurri á la calle... y andando, acolando, me encontré en la plaza. Al oscurecer entraba en la estación, y ví el tren que iba á partir para Madrid... Afortunadamente había billetes de tercera, y tomé uno. No quiero ponderarte las angustias de mi llegada y lo mucho que sufrí hasta que tropecé con Mercedes, mi amiga de colegio, que tenía un obrador de costura, y á quien nunca agradeceré bastante lo que le debo.

—De eso no hablemos ahora, queridita. Bástele á Vd. saber, señor don Fernando, que trabajamos mucho y ahorramos poquísimo. De estos ahorros insignificantes ha salido este viaje, hecho exclusivamente para sorprenderle en su retiro... Creo que bien puede usted agradecerémoslo, ¿eh?

—Con el alma y la vida, contestó Fernando, volviendo á acariciar á su hermana. ¡Pobre Lucía mía!... Mi historia es muy larga, muy larga... pero de todos modos, yo también en América me acordaba mucho de tí.

—Vaya que se conoce, repuso Mercedes.

—Es Vd. implacable, señorita... No quisiera que fuese mi hermana de madera tan áspera... En cuanto Vd. me trate y me conozca a fondo, me perdonará como Lucía, y comprenderá que merezco por mi fatal estrella más compasión que vituperio.

—Ojalá me equivoque, señor don Fernando; pero temo que pese más en su cuerpo la carne de pícaro que la de hombre de bien.

—De todo hay en la viña del señor, aunque bien mirado yo no puedo querer á mi hermana más que con el corazón de un hombre de bien. No hagamos caso de lo demás ¿verdad Lucía?

Y así continuaron charlando largo rato, viniendo, por último, en que al día siguiente por la noche, tomarían el tren correo para tornar todos tres á la coronada villa.

La desaparición del desconocido en compañía de las jóvenes, causó profunda sorpresa al vecindario.

—Un hombre tan raro no debía tener familia, es lo que afirmaban varias comadres, acompañándose del tric... trac... de sus largas agujas de hacer media, sentadas orondamente delante del portalillo de una vecina, á la mansa caída de la tarde. Y su afirmación fué un verdadero epitafio.

Después de algún tiempo, nadie se acordaba en el barrio del desconocido.

Tanto en el viaje, como á la llegada, mostróse Fernando tan complaciente, tan cansado de sus aventuras y tan desengañado del mun-

do, que hasta la misma Mercedes acabó por creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Lucía estaba más contenta que nunca. Su modesto cuartito de la calle de Jesús y María, contaba con un dormitorio de sobra, destinado á los enseres y ropas de poco uso, y allí colocaron á Fernando.

Quedaban de su familia algunas buenas relaciones, que ambos hermanos trataron de reanudar por consejo de su amiga. Entre estas, habia un deudor insolvente de los prósperos tiempos del padre, que les prometió su influencia, ya que no podia cumplir con dinero. Un ligero cambio político, la entrada de dos nuevos ministros en el gobierno, bastó á los pocos meses para que el agradecido deudor hiciera efectiva su promesa. Fernando recibió una credencial, y fué colocado con dos mil quinientas pesetas en el Ministerio de Fomento. ¡Con qué júbilo recibieron al hermano aquella noche! La vuelta del hijo pródigo no debió festejarse con mayor alegría en la paterna casa. Verdad es que faltaba en su mesa el ternero cebon de que habla el Evangelio; pero en cambio habia unos ricos filetes de idem y una hermosa botella de Valdepeñas, reservada para estas grandes solemnidades.

Y en cuanto á Mercedes y Lucía, como no faltaba trabajo y eran notables maestras en la costura, podían ahorrar unos cuantos reales todas las semanas, preparándose así para el porvenir. Si alguna cosa les preocupaba, eran las distracciones del hermano, que solía retirarse siempre de madrugada. Luego iba tarde á la oficina, y el jefe de su Negociado le regañaba de vez en cuando. Otro día sucedió un percance que les afectó dolorosamente. En un rinconcito de su cómoda, conservaba Mercedes un medio aderezo de oro que habia sido el regalo de boda de su madre. Y lo que pasa en estos casos: una mañana que por casualidad ponía en orden sus antiguallas y diges, lo echó de ménos. Lucía que le acompañaba en la faena, tuvo idéntica sorpresa, y parecida idea. Visitábalas de ordinario muy poca gente, las costureras y oficialas que acudian al obrador, eran buenas muchachas; de los vecinos no habia motivo para sospechar... ¿quién podia ser el autor? ¡Qué bochorno para Lucía, si como temian, resultase Fernando el verdadero delincuente!... Y no fué corta ni perezosa; al día siguiente se lo espetó en crudo, porque así habia que obrar, segun la opinion de su amiga.

—¡Cómo! ¿Sereis capaces de dudar de mí? preguntó á su vez Fernando con una santa indignacion que se reflejaba en la fulgurante mirada y en el abultamiento de aquella gruesa nariz, cuyas rojas ventanillas parecían echar sangre. De Mercedes esperaba yo sospechas,

recriminaciones, acusacion impremeditada, porque todavía no me conoce á fondo. Pero tú... ¿y eres tú la que me acusas? ¡Mi propia hermana, mi Lucía; el único ser en quien he depositado mi cariño y mi confianza!... ¡Oh, qué desengaños más crueles me reserva la enemiga suerte! Podré yo ser, hermana mia, un hombre de pasiones, un desdichado loco; nunca un ladron doméstico, entiéndelo bien.

Despues de hablar así, le volvió la espalda y se fué tan compungido, que la misma Mercedes, escondida en la alcoba del gabinete, creyó oír sus reprimidos sollozos. Abrazáronse entonces ambas amigas, mudas y pensativas, sin saber qué camino tomar en su infortunio. Al levantarse más tarde de la mesa ofrecióse Fernando acompañar á Mercedes á todas las casas de préstamos sobre alhajas, para ver si daban con el inapreciable aderezo. Sus pasos al fin y al cabo fueron bien inútiles, y solo el tiempo pudo apaciguar el dolor de semejante pérdida. Por otra parte, favorecíales la fortuna aumentando el crédito de su obrador y el número de sus parroquianas. Las dos amigas habian reunido sus ahorros que ascendian á unos 15 ó 16.000 reales, reservándolos la primera para su dote, y la segunda, ó sea Mercedes, para abrir una tienda lujosísima en el centro, que era su sueño dorado.

De Lucía se enamoró un muchacho inteligente y laborioso que llevaba la direccion de una casa de comercio y pensaba en un dia no lejano hacerse corredor ó emprender algunos negocios por su cuenta.

Así marchaban las cosas, cuando una mañana despues del desayuno supieron que Fernando no habia vuelto á casa. A Mercedes le asaltaron tristes presentimientos, pero no quiso comunicárselos á Lucía. La conducta de su hermano no habia variado ni un ápice desde los primeros dias, y bien podian ser infundadas las dudas que le martirizaban.

Sentáronse á comer en silencio, intranquilas y tristes, esperando el desenlace de tan misteriosa tardanza.

Aquella tarde recibieron una nota ó aviso de su jefe que le llamaba inmediatamente á su despacho. Despues se presentó un compañero suyo á reclamar 15 duros que hubo de prestarle días antes, sin recibo ni pagaré de ningún género y fiando en la formalidad de su promesa, de la cual no podia dudar nunca. A este buen amigo le aseguraron al salir del ministerio que Fernando no estaba ya en Madrid, y tampoco quiso creerlo. En la misma semana hablaron los periódicos de la desaparicion de una actriz francesa, muy mediana, que trabajaba en la opereta cómica de la Alhambra, con un empleadillo de Fomento. Las señas eran mortales, y sin embargo, aún dudaba de la

verdad del hecho el acreedor de los 2,5 duros.

Ocho días después de esta escapatoria, Lucía tuvo carta de su hermano; una carta larga, minuciosa, patética, elocuente, que concluía de este modo:

«Desengáñate, querida hermana; en este mundo no hay mal que por bien no venga. Es la última locura, de la cual estoy arrepentidísimo; pero algo he aprendido por ella. Dentro de tres ó cuatro días volveré á tu lado, y así debes hacerlo presente á nuestra querida Mercedes, Quiero sincerarme de esta gran falta; deseo que le impongais el correctivo que merece, y por grande que sea yo lo recibiré con gusto de vuestra mano. ¡Te pareceré tan despreciable y tan olvidadizo!.. pero tú me verás, tú comprenderás que no lo soy tanto como parezco. Lucía mia, no me aborrezcas antes de verme, te lo ruego por la memoria de nuestra madre. En el ínterin, arreglad vuestros negocios y disponeos á venir conmigo á París. Aquí está vuestro porvenir; yo os aseguro que al cabo de cinco años de trabajo os podreis retirar ricas, tan ricas como nunca lo habeis soñado en esos tristes Madriles. Esta es la verdadera América de las modistas. Vestireis á una duquesa y os casareis con un banquero. La chinela de una mujer bonita no tiene aquí precio. Y estais dispuestas á encontrar vuestra fortuna debajo de la cifra de un pañuelo blanco, primorosamente bordado, que hayais dejado caer á los pies de un príncipe ruso. Y no digo más. Ya sabes cuánto te quiere tu mejor hermano,—*Fernando.*»

Al acabar la lectura, habíase quedado Lucía perpleja y como encantada ante aquellos horizontes desconocidos que le mostraba su hermano desde lejos. Mercedes meditaba: ¿era sincero aquel grito de un corazón arrepentido? ¿Eran creíbles aquellas cariñosas protestas, aquella nueva promesa de volver al buen camino y aquel vivo deseo de su felicidad?

Trascurridos ocho días y no teniendo noticia de su venida, decidió Mercedes tomar una tienda vacante en la calle del Arenal. La casa era nueva y la proposición del dueño aceptable. Lucía opinó lo mismo.

Una noche, antes de acostarse, buscaron en el doble cajón de la cómoda los quince mil reales de sus ahorros, porque á la mañana siguiente habían quedado en firmar el contrato.

Este doble cajoncito era un secreto; abrieron y ambas se miraron con asombro: no estaba el dinero.

En el mismo instante Lucía se puso blanca como la que acaba de morir y cayó desvanecida en brazos de Mercedes. Idéntica sospecha había herido como un rayo la imaginación de las infelices: sólo Fernando conocía el secreto de su cómoda. Los esfuerzos de su laboriosidad,

sus cinco años de trabajo, la esperanza de la dote, su porvenir asegurado, todo había desaparecido en las manos del burlador infame.

—¿Pero es esto posible, Virgen santa? preguntaba Lucía con un acento de dolor indescriptible.

Mercedes no lloraba, como su desconsolada amiga; sentía únicamente haber sido engañada lo mismo que los imbéciles, y se vengaba con esta frase:

—¡Oh tu hermano!.. tu hermano erró la vocación; hubiera hecho un cómico inmejorable.

José M. Matheu.

UN NATURALISTA PORTUGUÉS.

O primo Bazilio, episodio doméstico, por Eça de Queiroz.—1878.

Parece cosa fatal que españoles y portugueses no lleguen á conocerse y estimarse nunca. Diría cualquiera que en literatura no era esta empresa tan difícil. Pues lo es mucho, á juzgar por los hechos.

Pasan los años, van cayendo preocupaciones, allana el arte las fronteras de los Pirineos, y sin embargo, por las llanuras de Extremadura no se atreve á pasar; y portugueses y españoles seguimos sin conocernos y sin estimarnos.

Portugal conoce nuestras zarzuelas, y ahora, con motivo de la visita de sus reyes á los Borbones de España, conocen algunos periodistas de allí la Sociedad de Escritores y Artistas y algunos versos de poetas de segundo orden.

Pocos días hace leía yo en una Revista portuguesa impresiones de viaje de un escritor muy discreto de Lisboa; pues á, pesar de su discreción, engañado por las apariencias y los reclamos, ese escritor llamaba ilustre poeta á un pobre coplero de por acá, sin crédito alguno, y copiaba versos del tal, como muestra de lo que somos capaces de hacer nosotros. El mismo viajero citaba frases de un truchimán español, que vive de *fusilar* chistes franceses, como si se tratara de nuevo Quevedo ó del Fígaro de ahora... Estas equivocaciones se explican. Aquí la parte formal de la vida literaria la representan los que ni siquiera son literatos; los portugueses han venido y, salvas honrosas excepciones, los escritores que los han salido á recibir representaban la flor y nata de la cursilería literaria.

Pero ¿dónde voy á parar? Se me ocurrió todo lo dicho pensando en que un libro como *El primo Bazilio*, no era conocido en España, á pesar de haberse publicado tan cerca, en Lis-

boa, y hace ya tantos años. Es sencillamente absurdo el afectado desden de algunos estirados académicos y aprendices de académico respecto de la literatura portuguesa contemporánea. Será triste decirlo, pero es la verdad; el espíritu general de la literatura contemporánea está allí más adelantado que en nuestra tierra. Se pueden citar pléyades de brillantes escritores que en prosa ó en verso representan la nueva vida literaria, lo que es oportuno, lo que no es arcaico... y en España predomina la herrumbre. ¡Y pensar que un escritor español, insigne sin duda, afirmaba há poco que la literatura portuguesa moderna era inferior á la catalana!

Para acabar con tamañas injusticias, conviene leer mucho á los escritores de Portugal que hoy representan allí la savia fecunda de la vida moderna, y no leerlos en detestables traducciones, sino en el original, que es donde valen, como toda literatura verdadera.

El naturalismo, esa tendencia literaria que con haber nacido en Francia no parece francesa, que se va abriendo paso y va siendo convicción arraigada de muchos escritores en muy diferentes países, tiene en Portugal tambien dignos representantes en la novela, en la poesía y en la crítica.

Uno de los más notables es Eça de Queiroz. Hoy no pienso hablar á los lectores de la REVISTA IBÉRICA mas que de una obra de este escritor. *El primo Basilio* está francamente inspirado, si vale hablar así, en las novelas de Balzac, Flaubert y Zola, pero especialmente en la inmortal *Madame Bovary* (que un crítico español confesaba sin rubor no haber leído).

Hasta tal punto existe relacion de procedimientos entre ambas novelas, que el que se propusiera atacar la del portugués podria, obrando de mala fé, hablar de plagio, acusarle de imitador.

Imitador es, sin duda, Eça de Queiroz, pero imitador de tendencias, de procedimientos: la observacion, la experimentacion, la composicion, el estilo, la invencion son en él completamente originales.

La mala fe puede ver servil imitacion en lo que no es más que conformidad de escuela, tendencia idéntica. Nadie más enemigo que yo de los imitadores y de los sofismas con que defienden sus plagios y caricaturas; pero cuando lo que se hace es seguir una escuela literaria, con convicción profunda de lo que se hace, con reflexion propia, y con elementos de produccion artística originales, entonces la imitacion deja de serlo en ese sentido de la palabra que hace de ella un sambenito.

Tambien Zola imita á Flaubert, y más todavía, á Balzac. El que haya leído á estos autores con cariño una y otra vez, para estudiar

en ellos, llegará á sorprender la secreta vía por donde las observaciones de Zola van á buscar las observaciones de Balzac; sirva de ejemplo en esta, noble y legítima clase de imitacion el gran parecido *íntimo* entre *Isodaun* de Balzac y *Plassence* de Zola. Narrado lo que suele llamarse el *argumento* de *El primo Basilio* en pocas palabras, sin atender al valor psicológico, á la observacion y á la forma puramente artística, se parece mucho al de *Madame Bovary*, pero la buena fé no puede contentarse con esto. Luisa es la mujer de la clase media (aunque no tan humilde como la Bovary), que prueba el adulterio por cierto sentimentalismo que nace de la aspiracion á una vida más fácil, más elegante, más selecta en sus pormenores de lujo y distincion, á partir de una existencia vulgar y monotoná, que no se llena con las ordinarias tareas de una mujer casada, sin hijos y que no necesita descender en los trabajos domésticos, á los detalles que podrian arrancarla de la poesía de sus ensueños. Luisa no llega á caer tan abajo como madame Bovary, si se atiende á que no pasa del primer amante; pero con éste agota todos los refinamientos del vicio; llega por la curiosidad malsana de la lascivia á las groserías del lupanar, sin entrar en ese templo de la podredumbre. Y sin embargo, no pasa del primer amante; cuando éste la engaña, vuelve al amor, ó cree volver por lo ménos, de su esposo, y ya toda su vida se reduce al martirio de ocultar, á costa de grandes humillaciones, las pruebas de su delito. Cuando el marido descubre el crimen, Luisa muere como herida. por un rayo. Como madame Bovary, se ve Luisa en situacion angustiada por falta de dinero; como ella recurre á su amante y se ve edesairada, y como ella tambien busca el auxilio de un apasionado á quien no ama, y á sus solicitudes groseras, contesta con el desprecio. Y á pesar de todo esto, madame Bovary y Luisa, son, dentro de una misma especie, de familias de caracteres muy diferentes. Valentía ha sido, y grande, en el autor portugués, el atreverse con un personaje que tales recuerdos traía; pero bien hizo en contar con sus fuerzas, que eran muy poderosas.

Reune Eça de Queiroz las más importantes cualidades del novelista, segun entiende que ha de serlo el que merezca el nombre de tal, la nueva tendencia literaria.

No ha ido á briscar personajes, caracteres, costumbres, ni color local lejos del mundo que le rodea. Lisboa es el lugar de la accion, y cuantos figuran en ella, verdaderos *lisboetas*, como el autor dice. Hasta Bazilio, el enfatuado *brazileiro*, el elegante aburrido D. Juan Tenorio de Ultramar, es un tipo que ha copiado del natural, sin necesidad de figurárselo y pin-

tarlo de oídas. La originalidad, sin más que estas condiciones, aparece con caracteres de absoluta, á pesar de las semejanzas que quiera ver la malicia.

Pocos personajes intervienen en la obra; Luisa, Basilio, Juliana, Jorge, Sebastian, doña Felicidad, D. Acacio, Leopoldina, Julian, Juana, y otros pocos personajes que apenas hablan, son los que bastan para hacer interesante este libro lleno de verdad, de intencion, que encada página hace admirar la perspicacia, el arte, la gracia y la profundidad de observacion del autor.

De todos los escritores que yo he leído, es Eça de Queiroz el que más se acerca á Zola, entre cuantos procuran seguir su tendencia.

El naturalismo en la novela no admite medianías; como el lugar comun, la vulgaridad, los recursos falsos de prendería, están prohibidos, necesita el escritor hacerlo todo, y no vale fingir facultades; si no se tiene gran talento, si no se ve mucho, si no se sabe volar más alto que el vulgo, es inútil todo esfuerzo.

En el naturalismo hay dos grandes maneras por lo que respecta al estilo: la sobriedad de Balzac (sobriedad de estilo, entiéndase bien, no en las palabras, no en detalles descriptivos) llevada al extremo en *Sthendal*, y la brillantez y el color de Flaubert, extremados en los Goncourt y modificados en Zola y en Daudet con sello de gran personalidad.

Eça de Queiroz, sin dejar de ser brillante y pintoresco cuando quiere, suele preferir la forma concisa que se va derecha al asunto: narra más que describe y describe muy bien con pocos rasgos.

En *El primo Basilio* la observacion no se detiene tanto en la convivencia social, en el estudio de las costumbres, como en el carácter, y en éste casi siempre escoge lo interior, lo que se llama generalmente lo psicológico. No es que no se dé á la fisiología su parte legítima; pero se deja que su efecto en el espíritu determine acciones morales para analizar. No estudia á Luisa por fuera, por los síntomas exteriores Eça de Queiroz con la insistencia y proligidad que Zola emplea en Gervasia, en la esposa de Mouret, etc., etc. Y sin embargo, en la caída de la esposa de Jorge se ve, más que las influencias exteriores, mas que la accion de las circunstancias, de la educacion, el influjo del estado físico, algo de la ocasion, como tal ocasion, la curiosidad; todas esas causas pequeñas que suelen ser las más frecuentes en esta clase de desgracias. En este punto muestra el autor grande habilidad, mucho estudio del asunto y dotes de serio y perspicaz observador.

Críticos españoles conozco yo que si leen *El primo Basilio* extrañarán este elogio y la fama

que en su tierra goza el autor. Dirán que esta novela no tiene interés, no tiene variedad. ¡La lucha de un ama con una criada que no quiere entregarle unas cartas que la comprometen, robadas por la doméstica! ¡Eso es y nada más *El primo Basilio*! Algo más es, pero no cabe negar que en esa lucha se emplea lo más del libro; se arrastra, en efecto la accion con esa pesadez con que caminan la desgracia, la miseria humana, lo mismo en los libros buenos, como *L'Assommoir*, que en la vida real, que es el mejor libro naturalista.

Eça de Queiroz es un maestro en esto de no fabricar el interés pueril y falso de las novelas que aún hacen las delicias del público impresionable y de curiosidad enfermiza. Una de las facultades más difíciles en el novelista moderno—lo he dicho varias veces—es saber imitar en el movimiento de los fenómenos supuestos el que tienen los de la vida; cómo se combinan; cómo se condicionan é influyen unos en otros en diferentes respectos. Por nada mejor. que por esto se conoce la falsedad de una obra de imaginacion, y son pocos los libros que resisten á un análisis fundado en este criterio de la imitacion de lo que puede llamarse la morfología de los fenómenos. En *El primo Basilio* marcha la accion naturalmente, sin ninguno de esos saltos ilógicos que destruyen un carácter ó suponen en la vida casualidades ó contingencias inverosímiles, armónicas componendas de los sucesos punto ménos que imposibles. En este respecto, Bien puede decirse que no hay escritor español que aventaje ni iguale acaso á Eça de Queiroz, hecha excepcion de Perez Galdós en su *Desheredada*, que le iguala en este punto, aunque no le supera.

He citado á Perez Galdós, único novelista español de facultades más admirables que las de Eça de Queiroz. No tiene éste su límpida sencillez; no tiene su variedad de tono y recursos; pero si en estas y otras cualidades es inferior al gran novelista español—á cuya altura pocos llegan—posee un mérito en que acaso aventaja á Galdós mismo: es más intencionado en su malicia; parece conocer mejor las flaquezas femeniles, haber visto más de cerca á la mujer, en la intimidad de su tocador... y hasta de su alcoba. Galdós pinta bien á muchas mujeres, no ya sólo á las de su primera época, Solita, Inés, Gloria, Marianela, Maria Égipciaca, etc., sino á Isidora (su mejor creacion del *sexo contrario*), radiante de verdad; pero las pinta siempre muy vestidas, muy *sobre sí*, como si sólo las hubiera observado delante de gente, en visita. Muchas veces se conoce que Galdós, en tal materia, adivina, más que recuerda, lo que ha observado; se desea que tan gran talento, aquella gracia socarrona y penetrante, tengan á veces

más malicia, vean las cosas más tristemente, las desprecien y las flagelen más. La ironía de Galdós lleva consigo el bálsamo de las heridas que causa. En este respecto, Eça de Queiroz se parece más á los naturalistas franceses que tienden al pesimismo, aunque no con tendencia de enseñanza artística, que sería contradicción palmaria.

Con mucho gusto entraria en el análisis detallado de *El primo Basilio*, pero ya me falta espacio para ello. Diré muy de prisa, que la vida de Lisboa, según la lleva la clase media, está pintada con verdad tan correcta que da la ilusión de la realidad. Parece que se asiste al Passeio, al *Fausto* en San Carlos, y que se siente en derredor la vida un poco monótona de una capital un poco *provinciana*, á pesar de ser corte. Entre los personajes secundarios son dignos de especial mención Sebastian, dibujado con cariño y con delicadeza que encanta; el *conselheiro* D. Acacio, carácter perfectamente estudiado, producto de observación profunda y prolija; Julian y doña Felicidad también son dibujos de mano maestra. Pero lo mejor de todo, mejor que el mismo carácter de la protagonista, es el estudio del carácter de Juliana, la doncella, ladrona de honor, fábrica de concupiscencias atrofiadas y miserables... Y no sigo, porque habría mucho que alabar todavía.

Aunque toda la novela es buena, en la última tercera parte el interés, el verdadero interés, el que nace de imitar bien la vida, aumenta hasta el punto de que cuantos sobresaltos y dolores hay en el libro, el lector los siente; la ilusión es completa; se lee hasta la última hoja sin poder contenerse... y todo esto lo consigue el autor sin salir de la más severa dogmática naturalista. Ningun arranque de fantasía en que el ingenio se luzca á costa de la verosimilitud... ¡un prodigio de habilidad, en suma!

Yo aconsejo á los lectores que si no conocen esta novela la lean cuanto antes... en portugués, por supuesto.

Clarín.

EL DARWINISMO Y LA FILOLOGÍA.

Carta al Dr. Ernst Hækel, escrita por Augst Schleicher.

Querido amigo: Mucho tengo que agradecer tu empeño en no dejarme sosegar hasta conseguir que leyera la importantísima obra de Darwin, que tantas discusiones ha motivado sobre el origen de las especies orgánicas por selección natural y la conservación y perfec-

cionamiento de dichas especies mediante la lucha por la existencia, traducida de la segunda edición inglesa por Bronn. Stuttgart en 1860.

He cumplido tu voluntad, estudiando detenidamente tan curiosísimo libro, y á la verdad, su instructiva lectura convierte en placer el trabajo.

Cuando tanto empeño tenias en que leyera la obra, que tan decididamente colocas en primer lugar entre las científicas modernas, contabas seguramente con mi pasión por la botánica y la horticultura. Estas ciencias ofrecen, efectivamente, un campo vastísimo para la observación, sobre todo la de la lucha por la existencia. ¿Y cómo no, cuando nosotros mismos tomamos parte en la lid, mostrando nuestras preferencias en la acción, que en el lenguaje vulgar designamos con la palabra *arrancar*?

Causa admiración el desarrollo de que es susceptible una planta cuando encuentra espacio suficiente y condiciones de vida favorables; pregúntaselo si no al jardinero que ve comprobarse este hecho más veces de las que desearia.

Y en cuanto á la variabilidad de las especies ó á la persistencia de las mismas, en fin, en cuanto á la selección natural, basta la constante observación y la experiencia para confirmarlas en algunas de nuestras más variables flores de adorno, que desde hace algunos años tienden marcadamente al perfeccionamiento.

Sin embargo, amigo mío, te equivocaste al suponer que la obra en cuestión influiría preferentemente en mi afición por la horticultura; las doctrinas darwinistas tomaron otro rumbo en mis ideas y me condujeron al estudio comparativo con la ciencia del lenguaje.

Del estudio del organismo gramatical surgen ideas análogas á las que expone Darwin hablando de los seres en general. Esto lo dije (1) hasta cierto punto en el año 1860 (2), año en que apareció la traducción alemana de las obras de Darwin sobre *La lucha por la existencia, la extinción de las formas primitivas y la gran extensión y diferencia de una misma raza en una zona filológica*; relacionándose de una manera notable lo que expuse con las doctrinas de Darwin. No te sorprenda, pues, el que entre alegremente en materia.

Si deseas saber la impresión que me causó la obra de Darwin, te la participaré con gran placer, como la participaría á todo el mundo.

Yo creo que la observación, carácter fundamental de la teoría darwinista, encontrará

(1) En su obra *Die deutsche Sprache*, Stuttgart. 1860, pág. 43.

(2) La primera edición del original inglés se publicó en Noviembre del año 1859.

grandes aplicaciones en las ciencias, más aún, si así puede decirse, ha encontrado muy pronto adictos desconocidos. Seguro estoy de que esta opinion no te desagradará á tí, al gran defensor de las doctrinas darwinistas. Me parece que lo que te voy á decir no carece completamente de interés para los demás: dirigiéndome, pues, á tí particularmente y procurándome el inocente placer de sorprenderte con estas humildes líneas, hablaré, como si lo hiciese públicamente, de la ciencia, que desearía adquiriese más conocimientos sobre el lenguaje, de los que posee actualmente. Y no me refiero solamente al análisis fisiológico del sonido lingüístico, sino tambien al exámen y consideracion de las derivaciones filológicas, en sus diferentes acepciones, que tan importante papel desempeñan en la historia natural del género humano. Porque ¿no serian, quizá, útiles las derivaciones filológicas, como base de un sistema natural único en su género? La historia del desarrollo del lenguaje ¿no es acaso una de las páginas más importantes de la historia del desarrollo de la humanidad? Deducimos rigurosamente, pues, que sin conocimiento de las relaciones lingüísticas, no se pueden adquirir datos suficientes sobre la naturaleza y la existencia del hombre.

Uno de mis mayores deseos es que los filólogos se penetren más aún de los métodos científico - naturales. Puede ser que las siguientes líneas tengan el poder, por cuanto al método, de determinar á algun filólogo novel, á asistir á la cátedra de algun hábil naturalista.

Seguro estoy de que no se arrepentiria; á lo ménos sé muy bien lo que tendria que agradecer al estudio de obras, tales como la sapientísima Botánica de Schleiden, las cartas fisiológicas de Carlos Vogts, etc., para el estudio de la naturaleza y vida del lenguaje.

Daré, pues, primeramente á conocer, lo que entendemos por historia del desarrollo. Los naturalistas nos enseñan, que sólo constituyen hechos en las ciencias, las observaciones completamente exactas, rigurosas, objetivas, y que, únicamente tienen valor científico, las deducciones basadas en estos hechos. Aprovechense bien mis colegas de este conocimiento.

Interpretaciones subjetivas, estudios etimológicos inconstantes, vagas conjeturas, despojan los estudios lingüísticos de su severidad científica, degradándolos á los ojos de las gentes ilustradas, y áun haciéndonos caer en ridiculo; en fin, quitándolos de esa manera su gran atractivo, cuando observaciones sensatas han enseñado á colocarlos en primera línea.

Sólo las exactas observaciones del organismo y de las leyes que le rigen, sólo el estudio científico del objeto, deben ser las bases de

nuestra ciencia; todo ingenioso discurso que no posea sólidas bases, carece de valor científico.

La palabra es un órgano natural, que fuera del dominio de la voluntad del hombre, crece, se desarrolla y áun envejece y muere, obediendo á ciertas leyes; le es propia, tambien la serie de fenómenos que designamos generalmente con la voz *vida*.

La ciencia del lenguaje es una ciencia natural; su método, pues, debe ser enteramente el mismo que el de toda ciencia natural. Este estudio, que gracias á tí, hago de la obra de Darwin, no puede, pues, parecerme fuera de mi terreno.

Vistas las tendencias de nuestra época, creo que la obra de Darwin se modificará, salvo algunos párrafos en donde el autor, consecuente con la conocida mezquindad de sus compatriotas en materias religiosas, que, sin embargo, están de acuerdo con sus ideas sobre la creacion, no hace concesiones, párrafos que encierran una contradiccion de Darwin consigo mismo. De los principios fundamentales de su doctrina se deduce la nocion de orígenes sucesivos, pero de ninguna manera la de una creacion de la nada.

En consecuencia, resulta de las teorías de Darwin, que el principio de todos los órganos de la vida, es una simple célula que se desarrolla completamente durante un cierto espacio de tiempo, llegando por fin á constituir el sér viviente, que no tarda en morir y desaparecer. Y en efecto, encontramos esta forma simple de la vida en los órganos que acompañan los más ínfimos grados del desarrollo orgánico, así como en el primer estado embrional de los seres superiores.

El libro de Darwin me parece que está en completa armonía con los principios fundamentales más ó ménos reconocidos de la filosofía moderna, y que están admitidos por la generalidad de los escritores científico-naturales.

El espíritu de los tiempos modernos se inclina visiblemente hácia el *monismo*. Las ideas dualistas están en completa contradiccion con la naturaleza; sólo se recurre á ellas para oponerse al talento. Esa division en subsistencia y forma, ó como tambien podria decirse, en ser y vision. es un punto completamente franqueado en nuestros dias por las ciencias naturales. Para estas no existe materia sin espíritu (ni hay necesidad tampoco), lo mismo que sin materia no hay espíritu, más áun, no existe ni materia ni espíritu, en el sentido comunmente atribuido á estas palabras, sino sólo *uno* que lo constituyen ambos á dos (1).

(1) Con esto, apoyándonos en la observacion, tanto atacamos al espiritualismo como al materialismo.

El monismo es, áun hoy, erróneo en algunos de sus puntos de vista; sin embargo, en la historia del desarrollo de la filosofía moderna vemos una tendencia muy grande hacia la unificación.

No se nos oculta además, que visto el modo de pensar de nuestra época, y considerando los seres en general, la actividad científica ha tomado un camino muy diferente del que antes seguía: mientras que antiguamente se preparaba el sistema antes que todo, luego se le trabajaba y por fin se le constituía en tal, hoy se procede á la inversa, profundizando primero el estudio exacto y detallado del objeto, sin cuidarse de la construcción sistemática del todo.

Con tranquilidad suma se sufre la falta de un estado sistemático filosófico de nuestras exactas y rigurosas investigaciones de detalles, convencidos de que actualmente es imposible pensar en ello; más aún, para el ensayo de reparación de este estado de cosas, debió haberse esperado á que poseyésemos una plenitud suficiente de observaciones exactas y de seguros conocimientos en todas las ramas del saber humano.

Una consecuencia necesaria de las ideas fundamentales del *monismo*, doctrina que no admite más que el ser, teniendo por idénticos el ser y la apariencia, como antes dijimos, es la importancia de la observación en las ciencias, y de éstas en las naturales sobre todo.

La observación es la base de la ciencia. Fuera de la observación solo se admite por necesidad lo que se funda en argumentos claros y demostrados; todo aquello construido á priori, valdrá á lo más como muestra de ingenio, mas para las ciencias es antigualla sin valor.

La observación nos enseña, después de cuidadosos estudios, que todo órgano de la vida varía según determinadas leyes; una de sus variaciones, la misma vida, constituye su propio ser y sólo podríamos apreciarlo cuando conociésemos el número de sus modificaciones y el total de su existencia. De otro modo; no sabiendo cómo se ha convertido en *algo*, no sabemos nada.

Continuación indispensable del fundamento de toda observación es la consecuencia, á la cual deben las ciencias naturales la historia del desarrollo y demás conocimientos científicos relativos á la vida de los órganos.

La importancia de la historia del desarrollo del organismo individual, para el estudio de éstos, está reconocida por todos.

Lyell define la vida de nuestro planeta como «una serie gradual de variaciones, que se suceden,» teniendo, así como la vida de los organismos naturales, entradas bruscas en nue-

vas faces de existencia. Lyell se funda en la observación.

No tenemos, pues, razón alguna para suponer el pasado de una raza desaparecida; pues de la observación del cortísimo período de la vida terrestre actual, se deduce un cambio continuo en todo.

Partimos, pues, de este principio, siempre en consideración de la vida del lenguaje, que para nosotros entra en la última época, muy corta proporcionalmente, de las observaciones directas.

Este pequeño período, de algunos siglos, nos muestra, con exactitud incontestable, que la vida del organismo lingüístico cambia gradualmente obedeciendo á determinadas leyes, siendo injustificado el que supongamos haya sido distinta en épocas anteriores.

Darwin y sus precursores fueron un paso mas allá que los demás zoólogos y botánicos; según ellos, no sólo tienen vida los individuos, sino áun la tienen las especies y las razas; éstas también se han derivado unas de otras gradualmente; también ellas están sujetas á variaciones continuas según leyes determinadas.

Lo mismo que todo hombre científico de los tiempos modernos, Darwin se apoya en la observación, aunque ésta, así como la existencia del objeto, esté reducida á cortísimos períodos, tanto en la vida terrestre como en la del lenguaje.

Obsérvese hoy en día, que las razas no son estables, viéndose además en general la tendencia á variar en pequeñas masas. Un hecho, casual en sí, la brevedad del período durante el cual se hubiesen establecido las observaciones, es la causa de que no parezca completamente definida la variabilidad de la especie. Compréndese perfectamente la necesidad de que las observaciones que se han hecho durante un gran número de siglos, en la vida de los seres de nuestro planeta, estén en armonía unas con otras, para poder admitir esas variaciones continuas y graduales que resultan de aquellas efectuadas en nuestros días.

Según eso, páreceme que las teorías de Darwin son una consecuencia necesaria de los principios admitidos hoy en día por las ciencias naturales. Ellas se fundan en la observación y son especialmente un ensayo de historia de la formación de los seres vivientes.

Darwin ha realizado para la historia de la vida de los seres en nuestro planeta, lo que Syell estableció para la vida del planeta mismo. Las teorías darwinistas no son, pues, una cosa incierta, creada por una imaginación particular, sino hijas razonables y verdaderas de nuestro siglo; en fin, dichas teorías son una necesidad.

Aquello que Darwin nos revela en las especies animales y vegetales, se aplica perfectamente, á lo ménos en su carácter fundamental, á los organismos lingüísticos. Esta aplicación es el principal objeto de mi carta.

Creemos haber demostrado que todas las ciencias de observacion, entre las cuales se encuentra la filología, están relacionadas entre sí por un rasgo característico comun, determinado por un cierto principio filosófico.

Abramos, pues, la obra de Darwin y veamos cómo los principios allí establecidos vienen á aplicarse perfectamente á la filología.

Observemos primeramente que las relaciones de especificacion en el dominio del lenguaje, son realmente las mismas que las que existen entre los seres en general, sólo que los términos de que se sirven los filólogos, son diferentes de aquellos que emplean los naturalistas.

Ten esto bien presente, pues todo lo que sigue está basado en ello. Lo que el naturalista designaria por *género*, denomina el filólogo *familia ó grupo lingüístico*; géneros aproximados ú órdenes, es absolutamente lo mismo que, en lingüística, grupos de familias ó ramas lingüísticas.

Sin embargo, no quiero de ninguna manera dejar pasar en silencio que al paso que entre los zoólogos y botánicos no están precisadas las diferencias entre los géneros, los filólogos se hallan más acordes sobre dicho punto; más adelante volveré á hablar de esta circunstancia característica que se reproduce en todas las graduaciones de la especificacion.

Las especies de un género, denominadas *lenguas* de una familia, las *subespecies* son para nosotros los *idiomas y dialectos* de una lengua; á las *variedades* corresponden los *subdialectos*; y finalmente, al *individuo* el *tono de voz*, al *ser expresivo* la *lengua* (órgano).

Como sabemos, los individuos de una misma raza no son nunca absolutamente iguales; lo mismo sucede con los individuos lingüísticos; el tono de voz se colora más ó ménos fuertemente en cada uno, lo mismo que todo ser expresivo difiere siempre algun tanto de los otros.

Por lo que se refiere á las variaciones de las razas durante el trascurso del tiempo, de que nos habla Darwin, por cuyas variaciones, diferentes en grado y manera para cada individuo, se originan muchas formas en una sola, operacion natural que se reproduce continuamente, hace tiempo que se han observado en los organismos lingüísticos en general.

Si nos sirviésemos del estilo de los naturalistas, designaríamos las lenguas como especies de un género, considerándolas como hijas de una lengua madre comun, de la cual nacieron por continuas variaciones.

Estableceremos el tronco de las diversas ramas lingüísticas, de la misma manera que Darwin trata de hacerlo con las diversas especies animales y vegetales.

Nadie dudará ya, despues de los trabajos efectuados, que el *indo-iranio* (persa, armenio, etc.), griego, itálico (latino, uskaro, úmbrio y las hijas del latin), celtas ó eslavo, lituano y germano ó aleman, son derivados de la lengua indo-germánica; tenemos, pues, una rama, compuesta de numerosas especies, subespecies y variedades, formas distintas de una fundamental, la lengua madre indo-germánica, que les ha servido de fuente comun. Lo mismo sucede con el grupo de las lenguas semíticas (hebreo, sirio, caldeo, etc.), y en general con todos los grupos y troncos lingüísticos.

Como ejemplo daremos al final de esta carta en el próximo número, el árbol genealógico del grupo de lenguas indo-germánicas, que segun nuestra opinion, es la imágen fiel de la generacion continua de las lenguas. Se asemeja al cuadro simbólico de Darwin; mas debemos hacer notar que si éste traza un cuadro ideal, nosotros en cambio lo hacemos con la generacion de un grupo dado (1).

No siendo muy practicable la ejecucion exacta de nuestro cuadro, sólo hemos indicado las variedades, debiendo tambien haber dejado las divisiones de las ramas hiránicas é indias.

Hé aquí la explicacion:

En uno de los primeros períodos de la vida de la especie humana, existió una lengua que por un estudio especial de sus derivadas las lenguas indo-germánicas, podemos suponer que fuera la lengua madre de éstas (2).

Al multiplicarse y ensancharse los pueblos, éstos se separarian, y despues de un cierto número de generaciones, durante las cuales la lengua comun habria tomado por graduaciones insensibles caracteres diferentes en varias partes de su dominio, se dividiria en dos distintas de ella misma; posible es que se haya subdividido en muchas lenguas, pero probablemente sólo quedarian dos de éstas, las cuales se desarrollarían á su vez, sucediendo lo mismo á estas últimas y así sucesivamente.

Así, pues, en cada una de las divisiones antedichas, se efectuaría idéntica operacion. Una de dichas ramas, la nuestra, por ejemplo, que llamamos slavo germánica, se subdividió nue-

(1) En mi obra *Die deutsche Sprache* (La lengua alemana) hice un croquis de la generacion de las especies y subespecies lingüísticas de una forma fundamental, en un todo conforme con el cuadro modelo presentado por Darwin.

(2) En mi *Compendium des vergleichenden Grammatik der indogermanischer Sprachen*, Weimar, Bohlau, 1861, 1862 (1871 tercera edicion), hice un ensayo relativo á su forma gramatical.

vamente por diferenciaciones graduales (ó por continua propension á la variacion de carácter, como diría Darwin), en *aleman* y *eslavo-lético*, de las cuales la primera fue la madre primitiva de todas las lenguas germánicas y dialectos correspondientes, la segunda la del *eslavo* y *lituano* (báltico, lético, etc.)

Las otras lenguas que se formaron por variaciones de la lengua madre indo-germánica, el *ariograecoitalokéltico*, dispensen el nombre, se subdividió más tarde en dos lenguas; una el *graecoitalocéltico*, madre del *griego*, *albanés*, etcétera, dando origen despues al céltico é itálico, por lo que las llamamos *italocélticas*, la otra fué base de la lengua *aria* (1), madre primitiva más aproximada de las familias *indio* (2) é *hirania* (persa).

De la misma manera formaríamos cuadros naturales con los demás grupos lingüísticos, cuyas afinidades estén reconocidas con suficiente exactitud (3).

Podemos considerar las lenguas é idiomas (Mundarten), cuyos grados de proximidad sean bastante elevados, como subdivisiones de una lengua fundamental comun no muy lejana. Las lenguas de un mismo grupo son siempre diferentes las unas de las otras; más tarde estableceremos su procedencia de una base comun. Antes estudiaremos las diferencias en las formaciones individuales.

Mas tiempo es ya, querido amigo, de que tú, y contigo todos aquellos naturalistas que no se han ocupado de filología, propongan la interpelacion que hace rato estoy viendo venir.

—¿En qué basais semejante ciencia?

Madres fundamentales, análogas á las que establecéis para un grupo de lengua, por ejemplo, establecemos nosotros para los animales y plantas suficientemente conocidos, en la hipótesis de que se originan en una forma fundamental primitiva, cuya forma podemos deducir de sus rasgos característicos, cosa perfectamente realizable.

(Continuará.)

Por la traduccion directa del aleman,
Pedro de Melo y Novo.

(1) Tanto los antiguos indios como los antiguos persas, se denominaban *Arias*, por lo que llamamos *ario* á la lengua fundamental comun del indio é hiranio.

(2) La lengua fundamental de la familia india se ha conservado hasta nuestros días: es aquella en que están redactados los primitivos himnos de los indios, los himnos vedas.

Nacieron de esta lengua: en primer lugar, la lengua india central, el pralerito, y despues el indio moderno y sus dialectos (bengali, maharata, industani, etc.), por otra parte, una lengua escrita, no hablada por el pueblo, el sánscrito, lengua literaria de la India, como quien diría el latin indio, pues como la lengua escrita de los romanos, viene á ser hoy en día una lengua universitaria.

(3) Ver mi obra *Die deutsche Sprache*, pág. 71.

REVISTA POLÍTICA EXTERIOR.

El Papa y la política europea.—La dimision de Herr Beunigsen en Alemania; sus consecuencias probables; conflicto entre Bismarck y el Parlamento; resumen de la última legislatura.—La insurreccion albanesa; su resonancia en Austria y en Bulgaria.—Situacion del imperio austro-húngaro.—Actitud pacífica de Rusia; los nihilistas.—Francia é Inglaterra en sus respectivas colonias.—Un discurso de Mr. Bright.—Síntoma de insurreccion egipcia.

Durante la quincena que acaba de trascurrir se han acentuado los síntomas de un adelanto de influencia de la Santa Sede en los diferentes Estados de Europa donde hay planteados problemas político-religiosos de más ó ménos trascendencia.

En este asunto obsérvase un fenómeno que de seguro no ha pasado inadvertido para ningún hombre pensador que no pierda de vista la política exterior como punto de comparacion y terreno de enseñanza. Hace trece años que el Papado perdió los últimos restos de los Estados Pontificios y que el rey de Italia estableció su córte en Roma. El Papa, reducido por voluntad propia al Vaticano, no volvió á salir de allí ni áun para ir á San Pedro.

Los últimos años del pontificado de Pio IX se señalaron por la encarnizada lucha religiosa en Alemania y Suiza; estos Estados, lo mismo que Bélgica, retiraron sus embajadores en la córte del Papa, el cual se hallaba abandonado de todas las potencias que ni contaban con él para nada, ni se ocultaban para predecirle un fin próximo; pero á la exaltacion al trono de Leon XIII comenzó la reaccion que áun cuando lenta, tranquila y sin ruido, hizo, sin embargo, grandes progresos que ahora comienzan á ser notados.

En la actualidad la situacion es perfectamente distinta, y como he dicho antes, debe interesar en alto grado á los políticos en particular y en general á todos los hombres ilustrados que presten atencion á estos asuntos.

No es posible desconocer que la Santa Sede es hoy uno de los elementos más considerables de la política actual.

Y si no, fíjense en estos datos los lectores de la REVISTA IBÉRICA: Inglaterra que negaba oficialmente hasta su existencia hace muy poco tiempo, tiene hoy un representante diplomático en el Vaticano. Rusia que se hallaba en encarnizada guerra con los Papas desde hace más de un siglo, acaba de hacer la paz con ellos. El czar ha recibido á un Nuncio con motivo de su coronacion, y las diócesis que se hallaban vacantes desde qué sé yo cuándo, acaban de ser provistas en virtud de un amistoso acuerdo.

El canciller aleman ha restablecido la embajada de Prusia en el Vaticano y, con asombro general, ha modificado las leyes de Mayo. En el mismo sentido está Suiza: Monseñor Mermillod que hace tiempo estaba desterrado,

ha vuelto á tomar posesion de su obispado de Ginebra y Friburgo. El reino de Italia procura, como he dicho en anteriores artículos, reconciliarse á todo trance con la córte pontificia, y á la postre y por muchas que sean las dificultades que la solucion del problema presente, se conseguirá establecer un *modus vivendi* entre el Quirinal y el Vaticano.

En Turquía y en Bulgaria se produce tambien ese mismo movimiento favorable al papado. El catolicismo se rehace en Bosnia y en Tunez y empieza á sembrar, para recoger pronto sin duda, hasta en el interior de Africa. El gobierno de los Estados-Unidos ha pedido y obtenido que hicieran cardenal á un arzobispo norte-americano y el presidente de aquella república ha visitado en Nueva-Yorck á los obispos reunidos en concilio nacional.

Estos hechos son indiscutibles, é inútil seria negar su existencia, que demuestra con claridad que ese poder renaciente del Vaticano representa genuinamente los principios religiosos y morales sobre los cuales se halla fundada la sociedad europea. Todos, católicos y protestantes, creyentes fervorosos é indiferentes despreocupados, reconocen el principio de la moral cristiana, del cual no se desprenden por completo ni los libre-pensadores, ni los ateos mismos.

El Papa es un poder, y ha llegado el momento de reconocerlo así, siquiera no sea un poder más que espiritual. Pero indiscutiblemente lo es, porque no se ocuparían todos en nuestro siglo con tanto afan en los asuntos religiosos y en las relaciones con la Santa Sede, unos para defenderla, para atacarla otros, si no le diesen la importancia de que hablo y que los asuntos de Alemania y de Francia, á más de los que acabo de señalar, han puesto nuevamente de manifiesto durante la segunda quincena de Junio.

*
* *

Entre los acontecimientos más importantes de política exterior de que me toca hoy hablar, debe ser colocado y en primera fila tal vez, la dimision de Herr-von-Beunigsen, el jefe del partido nacional-liberal, el aliado de Bismarck que con sus huestes contrabalanceaba la influencia de los partidos más avanzados del imperio germánico y tenia á raya tambien á los del centro y del ultramontanismo, realizando así una labor de importancia suma para el canciller y para su extravagante política interior.

Las consecuencias de la desaparicion de ese hombre importantísimo pueden ser fatales, y desde luego son inmensas para la política germánica. Su retirada ha obedecido, en primer término, á la terquedad del canciller Bismarck

en que se discutieran los presupuestos para 1884-85, y despues á la disidencia en que se hallaba con algunos personajes de su partido sobre la manera de apreciar el último proyecto de ley político-religiosa. Una vez privados los liberales-nacionales de la direccion de su jefe, han iniciado un movimiento de concentracion hácia los partidos liberales del Parlamento, que acentuarán su oposicion al canciller, agrandado así el conflicto constante que reina en aquel país y del cual he hablado tantas veces en estas Revistas. Por la situacion malísima en que se hallan los partidos políticos en el imperio, sin necesidad de esa nueva complicacion, la legislatura que ha terminado hace unos días el *Reichstag* pasará á los anales de la historia parlamentaria de Alemania, porque ha visto nacer el conflicto á que aludo, y que tarde ó temprano no puede ménos de determinar un duelo á muerte entre la representacion nacional y el canciller. Las tareas legislativas de aquella Cámara han sido por completo nulas; la historia de esa legislatura es la de los esfuerzos titánicos é inútiles que ha hecho Bismarck para imponer al Parlamento concepciones políticas y sociales que van directamente encaminadas á lastimar las aspiraciones de los pueblos modernos.

La táctica del canciller de Guillermo III es bien conocida ya; consiste en presentar indefinidamente los proyectos rechazados por el *Reichstag*, hasta que el convencimiento ó el cansancio den cuenta de la paciencia de los diputados.

El primer ministro no ha salido este año más airoso que en épocas anteriores; el monopolio del tabaco, cuestion batallona de su política financiera, ha sido rechazado sin contemplaciones; los proyectos de reforma social, destinados á preceder á la introduccion de ese sistema fiscal, han tenido la misma suerte, porque la ley sobre las cajas de ahorros constituye en rigor todo el activo de la legislatura, puesto que la mucho más importante ley sobre seguro obligatorio de los obreros contra los accidentes, que fracasó el año pasado, continúa ahora en suspenso despues de haber sufrido modificaciones, que han decidido al gobierno á anunciar que la va á retirar, sustituyéndola por una nueva proposicion. Finalmente, el proyecto favorito del canciller, el de presupuestos bienales, encaminado á permitirle pasar sin el Parlamento un año sí y otro no, y que de seguro era el preludio del establecimiento de presupuestos para siete años, como sucede en lo referente al ramo de Guerra, ha sufrido una tercera derrota, habiendo tenido que contentarse Bismarck con recurrir á una estratagemma verdaderamente cándida para darse la platónica satisfaccion de hacer discutir y

votar los presupuestos de dos años seguidos.

Así, pues, la legislatura que acaba de terminar no ha hecho más que poner en evidencia la incompatibilidad de aspiraciones entre la Representación nacional y el estadista que gobierna el imperio. Este último parece haberse complacido en proclamar este antagonismo latente desde hace mucho tiempo. Sus padecimientos físicos lo han tenido más que nunca alejado de las sesiones parlamentarias, por las cuales hace tiempo que mostraba gran desden; pero sus colegas y sus subordinados han proclamado abiertamente la doctrina del conflicto, negando al Parlamento todo derecho de oposición á la voluntad soberana, y limitando sus atribuciones á cierto derecho de intervención platónica.

La legislatura se termina además, ya lo he dicho, bajo la impresión de la dimisión dolorosa de Beunigsen, que se retiró descorazonado de la lucha, con el amargo convencimiento de haber sido burlado por el hombre á quien había servido con legendaria fidelidad. La reacción ha triunfado allí, y el partido nacional-liberal, perdidas sus ilusiones, ve que con Bismarck no cabe centro izquierdo parlamentario, y que no ha sonado en el reloj de la historia la hora de constituir el imperio liberal germánico, que había soñado Herr-von-Beunigsen.

*
* *

La situación de los negocios relativos á la Península de los Balkanes, que en punto á política internacional ha sido objeto de grandes preocupaciones durante la quincena que acaba de transcurrir, á pesar de ciertos síntomas tranquilizadores, es de gravedad suma y encierra en sí un problema pavoroso que no me atrevo á decir si costará mucha sangre resolver, por lo que especialmente á la Alemania se refiere. La lucha armada continúa sin cesar en aquellas regiones entre las tropas del sultán y las tribus de belicosos montañeses. La causa aparente de esta insurrección es el deseo de ver definitivamente determinada la frontera albanesa montenegrina por el Norte del lago Scutari; pero en realidad Mustafá Al-sina Bajá ha recurrido á la fuerza de las armas para restablecer en Albania la quebrantada autoridad del califa. Por desgracia, su lugarteniente el general Házig-bajá no ha sido favorecido por la suerte en las acciones de guerra que ha sostenido hasta ahora contra las tribus de los castratis, hartis y sekrelis, que lo han derrotado siempre que se han batido.

Estas derrotas, después de todo, no tendrían consecuencias muy graves, desde el punto de vista político, porque no son irreparables y se remediarían probablemente tan pronto como

llegaran tropas de refuerzo al teatro de la insurrección. La gravedad de la cosa, y esto es lo que la hace digna de fijar la atención de los lectores de esta REVISTA, estriba en que las diferentes tribus albanesas, sin distinción de religiones ni razas, así mahometanas como católicas y griegas ortodoxas, se han puesto de acuerdo y formado una alianza de resistencia á Turquía para llegar á conquistar por fuerza, si no de grado, la autonomía de la Albania.

Esta liga se halla resuelta, ó yo me equivoco de medio á medio, á emprender una guerra sin cuartel contra Constantinopla. Ya no esperan los aliados á ver realizadas las promesas de reforma que tantas veces les hiciera la perfidia turca, sino que se muestran decididos á tomarse la justicia por su mano, por más que, á creer en sus declaraciones, no se separarían del sultán si accediese éste á concederles autonomía y un gobernador elegido por ellos.

Otro punto de vista, desde el cual se puede considerar grave la cuestión, es la resonancia que por razón de sus posesiones en Bosnia y en la Dalmacia, han de tener necesariamente esos disturbios en Austria-Hungría, sobre todo ahora, porque desde principios de este mes en los distritos de Gazuigrad y Tatchar en Servia, los partidarios de Ríztich, tan hostiles al imperio austriaco, se agitan de un modo desusado.

En Bulgaria, entre tanto, el partido ruso está más vigoroso que nunca desde que regresó de Moscou el general Sobolev, y es posible que, influido por esa circunstancia el príncipe Alejandro, olvide tan pronto como pise el territorio búlgaro los consejos que le daba Bismarck para que se mantuviera en buenas relaciones con Austria.

Demás los búlgaros, lejos de demoler las fortificaciones de Roustchuck, han restaurado un fuerte que existía en Levant-Tabia y hecho un casamento donde podrán alojarse mil hombres. En cuanto á Rumania, bien sabido es que no puede ser considerada como amiga de Austria.

Todo, pues, son dificultades para el imperio de los Hapsburgos, que no traerán tal vez en pos de sí complicaciones muy inmediatas, pero que, desde luego, imposibilitarán la ejecución del pensamiento predilecto de muchos estadistas austriacos: la de extender la esfera de la influencia de la monarquía austro-húngara hasta más allá de Mitrovitza.

Por sí solo, constituye esto un motivo de fundado descontento para los que además tienen otros no menos serios en el interior. Entre ellos debo citar, porque es la cuestión de actualidad, la lucha encarnizada de los dife-

rentes elementos de la poblacion del imperio, lucha que, gracias á nuevas leyes electorales, va redundando en perjuicio del elemento alemán y en provecho de las aspiraciones nacionalistas de los eslavos y czeques que á la larga pudieran llegar á ser un verdadero peligro para la integridad de aquel imperio. No lo ven así sus gobernantes, porque he de añadir que, ó por conviccion, ó por ódio al elemento alemán, favorecen esas aspiraciones de que acabo de hablar.

*
* *

Rusia, si hemos de creer en la circular que su ministro de Negocios Extranjeros, M. de Giers, acaba de dirigir á las potencias dando las gracias, en nombre del czar, á los demás soberanos por la deferencia con que se le ha tratado en las fiestas de su coronacion, está resuelta á permanecer neutral, testigo impasible de cuanto por ahora pueda ocurrir en Europa y decidida á no salir de su pacífica actitud por nada ni por nadie.

Todo esto seria objeto de felicitaciones para el czar y su gobierno si en cuanto á política interior no se empeñasen en permanecer estacionarios.

En mi último artículo para la REVISTA IBÉRICA, decia yo que las consecuencias de semejante terquedad, que nada justifica, se dejarían sentir bien pronto. No me he equivocado: los que leen periódicos extranjeros, saben que estos días los nihilistas, que habian pasado de moda, y que sólo á los desaciertos de los consejeros moscovitas se debe que se hallen de nuevo en escena, han publicado un manifiesto lamentándose de lo inútil de sus esfuerzos, y diciendo al pueblo ruso que no desisten de seguir trabajando sin cesar, por todos los medios á su alcance, así legales como ilegales, por la patria y por la libertad, ó lo que es lo mismo, traducido á buen romance, por la emancipacion de la tiranía odiosa que representan los elementos del partido antiguo y contra el emperador que los ampara y que se amolda á seguir sus inspiraciones.

Aparte de estos asuntos que en primer término han preocupado la opinion pública en Rusia estos quince días últimos, háse tratado tambien en ciertos círculos de la eventualidad de una guerra franco-china que cada vez es ménos probable, mejor dicho, que ha dejado de serlo por completo, desde la fecha de mi última Revista. Los rusos, despues de todo, no lo habian de sentir gran cosa, y defensores acérrimos en ese caso de los derechos de Francia, procurarían sacar todo el partido posible para reivindicar sin sacrificio

alguno sus aspiraciones en el Asia central, en la frontera misma del imperio chino.

*
* *

Ya que he comenzado á hablar de este asunto que tanto interesa á nuestros vecinos de allende el Pirineo, los cuales, en mi concepto, están en situacion ventajosísima ahora como al principio de la contienda, porque la fuerza y el derecho se hallan entrambos de su parte, he de decir que la publicacion en *The Times* de varios fragmentos de la correspondencia que se cruzó entre el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia y el embajador chino, ha tenido de seguro por objeto demostrar que el rey de Annam no ha dejado nunca de ser vasallo del Celeste imperio, porque el tratado de Marzo de 1874 franco-annamita, de que tanto han hablado los periódicos diarios, es nulo toda vez que no se ratificó en Pekin cuando se debiera.

Pero en los hombres pensadores y en los que no tenemos la costumbre de leer el *Times* como quien oye un oráculo, la publicacion de esos documentos no ha dado el resultado apetecido por el periódico inglés. No sólo no nos demuestra, ¿cómo ha de hacerlo si es imposible? que el rey annamita sigue siendo un vasallo del emperador chino, sino que no nos dice tampoco, aún suponiendo que eso estuviese demostrado, qué derechos de soberanía son esos que China pretende poseer.

Verdad es que posteriormente, el mismo periódico de que hablo, ha modificado su actitud de exagerada cólera contra la política colonial de Francia, lo mismo que casi todos sus colegas, sin excluir á los ministeriales, lo cual páreceme que indica la existencia de una consigna del gobierno, justamente alarmado por la tan injusta como enérgica campaña que venia haciendo la prensa británica, á quien pretende ser nacion colonial de primer orden sin detrimento de la Gran Bretaña.

Verdad es que esto, á no dudar, lo ha conseguido en gran parte con un discurso mister Bright, el príncipe de los oradores de Inglaterra, gloria del Parlamento inglés, ilustre jefe de los radicales de su país, que brindando en un banquete que le ofrecian sus electores de Birmingham para conmemorar el 25 aniversario de su entrada en la vida pública, dijo que era error gravísimo separarse de Francia, y que á todo trance debiera su país cultivar las relaciones amistosísimas con sus vecinos como condicion para el equilibrio europeo y como garantía *sine qua non* para la prosperidad de su importantísimo comercio y de su muy floreciente industria.

Francia, pues, está tan de enhorabuena hoy

como cuando por última vez hablé de su situación, en las columnas de la REVISTA IBÉRICA, especialmente respecto á política colonial. Sus triunfos rápidos en Madagascar, sus pacíficas conquistas en Tunez, su caminar mesurado, pero progresivo, en el Senegal, y su guerrera actitud en el Tonkin, así como su habilidad diplomática para evitar nuevas anexionaciones á la Gran Bretaña en Oceanía, la hacen digna de la realizacion de sus ideales coloniales, que conseguirá sin duda alguna en plazo más corto de lo que se cree generalmente en Europa.

Y en el interior tampoco hay en la vecina República más que motivos para satisfacciones. Las leyes en proyecto van poco á poco siendo discutidas y aprobadas en consonancia con la aspiracion popular; los partidos extremos, enemigos del actual orden de cosas, se suicidan á fuerza de disensiones intestinas, dejando el campo libre á la situacion, y la union republicana, con el ministerio actual al frente, continúa impertérrita su grande obra regeneradora.

*
* *

Inglaterra es ménos afortunada y ménos afortunado su gobierno tambien, el cual, si en el Parlamento lucha con ventaja contra sus enemigos los conservadores a quienes de nada sirven sus alianzas con los irlandeses para derrotar al gabinete Gladstone en Egipto y en sus colonias de Africa, ya que no en las demás, anda á vueltas con dificultades sin cuento, con complicaciones gravísimas de las que difícilmente podrá salir airoso.

Los egipcios no disimulan ya su animadversion al extranjero que los avasallara hace un año, para tratarles despues como á país conquistado en vez de protegido, y hay rumores de complots terribles de que intentan hacer víctima á los ministros del jedive y á las autoridades inglesas.

Basta leer los telegramas del Cairo y de Alejandría que publicaban las Agencias estos dias, para convencerse de que se está condensando en la atmósfera política de Egipto una tempestad que no puede tardar en estallar, y que dejará al gobierno inglés mal preparado para evitar sus consecuencias á poco que se desquite.

Angel de Luque.

SONETOS.

IMITACION.

El peregrino que resiste apenas
el astro ardiente que su aliento agota,

y diera un mundo á cambio de una gota
para calmar el fuego de sus venas,

 puede matar las angustiosas pellas
al ver surgir como ilusion remota
el paraíso que luciente brota
del lejano monton de las arenas.

Tras de marchar por fatigoso suelo
tambien buscando una region de calmas,
los hombres pueden apagar su anhelo;

 que hay un refugio de inmarchitas palmas,
y oasis de las almas es el cielo
si es la tierra el desierto de las almas.

*
* *

LA ESTACION FLORIDA.

Intenso aroma en el vergel lozano;
sonrisa azul en la brillante esfera;
la lengua se desata lisonjera;
el pensamiento bulle soberano;

 nubes de rosas al abrir la mano;
todo al oído murmurando: *espera*.

¡Cómo encanta la dulce primavera!
¡Cómo la siente el corazon humano!

 Ensueños vagos cual celeste gasa,
hacen girar á la mujer querida
por un éter fantástico que abraza:

 todo á dormirse en el placer convida;
pero ¡qué presto con sus flores pasa
la primavera hermosa de la vida!

Valentin Marín y Carbonell.

LIBROS NUEVOS.

El feudalismo; por D. Manuel Pedregal.

Hombre dotado de clara inteligencia y de extraordinaria cultura, el Sr. Pedregal, se distingue tambien por una cualidad rarísima en la república de las letras: la sinceridad.

Hijo casi póstumo de la Revolucion, dado apenas á conocer en las tumultuosas Córtes de 1873, donde mereció formar parte del más templado de aquellos ministerios, ha consagrado al estudio y á la propaganda científica de sus doctrinas, todo el tiempo trascurrido desde el célebre 3 de Enero. No el club, sino el Ateneo ha sido el centro donde se ha formado su reputacion. No los cabildos políticos, sino las discusiones y estudios científicos han sido causa de que el ministro desconocido de sus correligionarios en 1873, sea hoy reconocido por todos como distinguido jurisconsulto, notable economista y orador experto en la polémica.

Buena prueba de estas cualidades es la conferencia sobre el *feudalismo* que hace un año pronunció en el Ateneo y acaba de publicar en un folleto.

Disertar en 32 páginas, que representan una hora de lectura, acerca del asunto más amplio y variado que puede ofrecerse á la consideracion de un historiador es, por si, empresa que exige grandes alientos; llevarla á cabo debidamente requiere, además, una fuerza de con-

densacion y una facultad extraordinaria de percibir las relaciones de las cosas.

Opina el Sr. Pedregal que el feudalismo no fué efecto inmediato de la invasion de los bárbaros, supuesto que éstos realizaron sus principales correrías por Europa en el siglo V, y el feudalismo no se inició con caracteres distintivos hasta el siglo VII, ni llegó á su apogeo sino en los siglos X, XI y XII.

«El feudalismo, dice, no es una institucion hija de la conquista de los bárbaros; nació primeramente de la transformacion que experimentaron las clases sociales y políticas, por efecto del choque entre dos pueblos, y despues por la necesidad que tuvieron de aislarse los grandes propietarios territoriales.»

En su concepto, el feudalismo «es más bien hijo del aislamiento en que vivieron los grandes propietarios, y de su separacion del poder central, que de la dominacion de los pueblos bárbaros.»

En esto el Sr. Pedregal acepta plenamente las conclusiones de la moderna escuela sociológica. Europa por ley natural empezó á la caida del Imperio Romano la serie de vicisitudes que caracterizan la mayor parte de la Edad Media; el feudalismo no fué más que una consecuencia inmediata de la lucha por la vida de aquel período de disgregacion y desmoronamiento social.

Así como una misma semilla colocada en lugar abonado germina en el espacio y tiempo que su naturaleza requiere, sin más variantes que las diferencias accidentales en cada caso particular, de igual modo vemos que en los siglos medios se desarrollan las mismas instituciones por idénticos motivos en todos los pueblos de Europa, si bien con caracteres diversos, lo cual lejos de significar ley distinta, confirma su universalidad, puesto que en todas partes se cumple sin influencias ni imitaciones.

Hé aquí como el autor distingue los caracteres del feudalismo en cada pais:

«En Francia dominaba la jerarquía, el orden, la subordinacion; en Alemania tendian los señores feudales á la separacion y á la más completa independencia.

El duque de Suavia convirtió su territorio en un reino; los arzobispos, obispos, condes y todos aquellos grandes propietarios que únicamente se reunían cuando iban á nombrar emperador, se consideraban y eran tanto ó más soberanos que el designado como sucesor de los emperadores romanos.

En Francia despues de la disolucion del imperio carolingio, hubo siempre una monarquía que, si bien tuvo mucho de nominal en algun tiempo, fué un lazo político, y como tal, siempre imponía una jerarquía, un orden de subordinacion. En Inglaterra desarrollóse el feudalismo anglo-sajon plenamente, y con un orden muy marcado de jerarquía, por una parte, y de libertad municipal ó de inmunidades populares, por otra, cuando apareció Guillermo el Conquistador con una fuerte organizacion monárquica, á la cual iba subordinada la aristocracia, que le acompañaba, para repartirse el botin. No se estableció el verdadero feudalismo inglés sino bajo la dinastía de los Plantagenets, en tiempo de Enrique II, pues todo el período de la monarquía normanda fué de intrincadalucha entre los mismos que habian invadido á Inglaterra.

Con la dinastía angevina se estableció el feudalismo

inglés, y en él habia un principio, que le hizo distinguirse de nuestro feudalismo sobre todo." *Nemo potest exuere Patriam*. Nadie podia abandonar la patria; á ninguno era permitido romper el lazo que se establecia entre el señor y el feudatario." Entre nosotros era muy frecuente lo que se llamaba *desnaturalizacion*, y de igual modo podia el rey despedir á su vasallo que el señor feudal se despedía de su rey. El solariego abandonaba á su señor, como el escudero dejaba al caballero, porque los vínculos feudales se establecian por medio de contratos. Lo ordinario era que el señor colocase sus manos entre las del rey, el caballero entre las del señor, é hincando la rodilla en tierra, se sometian los inferiores al dominio del superior y le besaban la mano. Este es el origen del besamanos, que todavía se conserva en nuestro tiempo y es un acto de vasallaje. Cuando el señor hincaba la rodilla ante el rey ó el caballero ante el señor, besaban la mano del rey ó del señor y se sometían á su soberanía, quedaba establecido el lazo feudal, y para romperlo era necesario que el feudatario besase la mano de nuevo, se hincase de rodillas y que se despidiese; hecha esta ceremonia, quedaba roto todo lazo feudal, y el vasallo marchaba en completa seguridad, hasta que salía del territorio en que dominaba el señor."

*
* *

Cuentos droláticos de Balzac.

Una nueva casa editorial acaba de poner á la venta su primer volumen. Pretende realizar todos los problemas que se propone un editor para dar pronta salida y reputacion literaria á sus obras: deleitar y... deleitar; pero esta vez el deleite no es á expensas del buen gusto, sino á fuerza de él; no se sacrifica el arte por el chiste ni la bella forma por la verdosidad, sino que el ingenio de uno de los más grandes novelistas de nuestro siglo pone á contribucion todos sus recursos para divertir sin corromper, á pesar de las desnudeces que refiero y los lances picarescos que inventa.

Cuentos droláticos es un libro vedado para las señoritas; pero magistralmente escrito y todo lo fielmente vertido al castellano que permite el francés anticuado que emplea el autor; fidelidad esta, que aunque relativa, será tal vez la única que haya en toda la obra.

Joaquin Moreno.

REVISTAS EXTRANJERAS.

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS.

LE CORRESPONDANT.

SUMARIO.—I. *Los Egnósticos ingleses*.—Thomas Carlyle, por el conde Ludre.—II. *El general Bugeaud*, según una publicacion reciente; por H. de la Combe.—III. *Las fortificaciones de Paris*; por Denys Cochin.—IV. *La canonisa de Ambremont*; por la condesa de Massa.—V. *Recuerdos de Escocia*; por el conde Luis Lafond.—VI. *Flores y pintura de flores* (escuela flamenca); por Loir Mongazon.—VII. *La guerra civil en América por el conde de Paris*; por Augusto Boucher.—VIII. *Investigaciones históricas acerca de la enseñanza de sordo-mudos*; por Alexis Chevalier.—IX. *Miscelánea*; por Edmundo Biré.—X. *Revista científica*; por Henri de Parville.—XI. *Crónica política*; por Augusto Boucher.

Pocas personas Conocen el origen de la familia Pe-

reira. En un importante libro (*Jacobo Rodriguez Pereira, su vida y sus trabajos*, por Ernesto La Rochelle) lleno de interesantes documentos, acaba de demostrarse á qué deben esos príncipes de la banca moderna la ilustracion y el rango de que gozan en Francia, desde mediados del pasado siglo.

Los Pereira proceden de España. Abraham Rodriguez Pereira, para escapar á la persecucion que los judios sufrieron en su patria, adoptó, así como su esposa, al menos en apariencia, el culto católico y mandó bautizar á sus hijos poco antes de su muerte. Molestada por el Santo Oficio, á pesar de la aparente conversion, la viuda de Pereira pasó con sus hijos á Francia en 1741.

La familia Pereira se estableció en Burdeos, donde alcanzó prosperidad. Jacobo Rodriguez, hijo de Abraham, consagró sus desvelos á la educacion de sordo-mudos; vocacion que debió serle inspirada á la edad de diez y nueve años por el deseo de enseñar á una hermanita suya sordo-muda de nacimiento.

Un beneditino de San Salvador de Oña, D. Pedro Ponce de Leon, habia organizado á mitad del siglo XVI una escuela con objeto de enseñar el uso de la palabra á esa clase de desgraciados. Otro español, el aragonés Juan Pablo Bonet, escribió la primera obra conocida acerca de dicho asunto: *Reduccion de las letras y arte para enseñar á hablar los mudos* (Madrid 1620), libro donde expone los procedimientos que dice haber inventado para instruir al hijo del Condestable de Castilla, afectado de sordo-mudez desde la edad de dos años.

Partiendo del principio de que es posible, por el sentido de la vista, imbuir al sordo-mudo los conocimientos que no puede adquirir por el oído, procura auxiliar el lenguaje natural con el lenguaje de accion y reemplazar con formas figuradas el sonido de las letras. Los dos medios que habia imaginado para este efecto eran un sistema de pronunciacion, cuyas reglas explica, y el alfabeto manual *ya conocido de los antiguos*, como él mismo declara.

Un sordo mudo de nacimiento, Saboureux de Fontenay, que á la edad de trece años fué confiado á Pereira, cuenta á qué grado de adelanto habian llegado la educacion y la instruccion de esos desheredados de la naturaleza, bajo la direccion de tan hábil maestro:

«Consiste en una especie de alfabeto manual en español, representado con los dedos de una sola mano. Consta de veinticinco signos correspondientes á las letras de la escritura ordinaria (excepto la k y la w, signos que Pereira inventó con el solo objeto de conformar exactamente este alfabeto manual á las leyes de pronunciacion y ortografia francesas. De este modo hay sonidos de la pronunciacion hasta el numero de treinta y tres ó treinta y cuatro, y el número de combinaciones de las letras asciende á treinta y dos. De modo que la cifra total de signos entre sencillos y combinados es bastante crecida, gracias á esta dactilologia, palabra usada por Pereira. En este arte se usa la mano en vez de la pluma para trazar en el aire hasta los puntos y los acentos, para distinguir las mayúsculas de las minúsculas y para expresar las abreviaturas más usuales. Se pueden marcar las pausas é inflexiones de la conversacion, de modo que la dactilologia es tan cómoda y rápida como la misma pronunciacion y tan expresiva como la escritura.

Por medio de la dactilologia se puede hablar á los sordos y á los ciegos.

Pereira y yo nos encontramos un dia en una habitacion á oscuras, y el maestro, para hablarme, me cogió de las manos y movió mis dedos conforme á las reglas de la dactilologia, y entendí perfectamente todas las palabras.»

Conviene, no obstante, evitar exageraciones en el panegirico de Pereira. Conste, pues, al ménos, como hecho demostrado segun los documentos reunidos por M. de la Rochelle, que á mediados del pasado siglo la instruccion de sordo-mudos estaba, gracias á Pereira, muy adelantada, tanto en Francia, como en España, Inglaterra y Holanda, naciones en donde la ciencia de los Bonet, los Walls y los Amman, habia conseguido notables progresos. Pero en todas partes habia permanecido en calidad de enseñanza privada hasta el celo del abad de l'Epée, poderosamente secundado por el rey Luis XVI, extendió los beneficios de esta enseñanza á todas las clases de la sociedad, incluso á los niños indigentes.

El mismo abad de l'Epée tributa homenaje al sabio maestro que le habia marcado el camino.

En la controversia que en 1782 se elevó entre el abad de l'Epée y Samuel Heinicke á causa de pretender éste haber hallado un método para enseñar sordo-mudos, más breve que el del maestro parisiense, el abad declaró que nadie podia atribuirse el mérito de una invencion que Pereira podia reivindicar antes que Amman y que Bonet.

REVUE DES DEUX MONDES.

SUMARIO.—*Cabeza loca*, segunda parte; por M. Th. Bentzon.—*Excursiones arqueológicas: la casa de campo de Horacio*; por M. Gaston Boissier.—III. *La democracia autoritaria en los Estados-Unidos: Juventud y vida militar de Andrés Jackson*; por M. Albert Gigot.—IV. *Paulina de Montmorin, condesa de Beaumont. I. Su familia, sus primeras amistades*; por M. A. Bardoux.—V. *Los falsificadores y el laboratorio municipal*; por M. Denys Cochin.—VI. *Los frescos*, primera parte; por Óuida, traduccion de Hepphell.—VII. *La rebelion del hombre*; por M. Arvéde Barine.—VIII. *Revista dramática*.—IX. *Crónica de la quincena*.—X. *Movimiento financiero*.—XI. *Boletín bibliográfico*.

El problema de averiguar el punto donde estaba situada la casa de campo de Horacio, fué definitivamente resuelto en la segunda mitad del siglo pasado por el abad Capmartin de Chaupy, uno de esos entusiastas por Roma, que van allí con objeto de pasar algunos meses y permanecen toda su vida.

Hé aqui en que términos se expresa para demostrar a los más incrédulos que no se ha equivocado. En primer lugar, establece que Horacio no tenia varias posesiones; él mismo nos dice que no poseia más que la Sabinia, y que con esa finca le bastaba: *satis beatus unicus Sabinis*. De donde se sigue que todas sus descripciones se refieren á dicha propiedad.

Consignada esta afirmacion, Chaupy recorre sucesivamente todos los lugares en que se ha intentado colocar la casa, y demuestra con gran facilidad que ningun otro responde á los cuadros trazados por el poeta. Al Este de Tivoli y en las cercanías de Vicovaro, está el lugar único que conviene en un todo con ellos. Sabemos

por Horacio, que la ciudad más próxima de su casa y la más importante, se llamaba Varia.

La descripción de Peutinger menciona también á Varia, y la coloca á 8 millas de Tibur; á 8 millas de Tivoli, antigua Tibur, encontramos hoy á Vicovaro, que ha conservado casi completamente su antigua denominación (*Vicus Varia*). Al pié de Vicovaro corre un riachuelo llamado *Licenza*, que con pequeñas modificaciones viene á ser la *Digentia* de Horacio. Nos dice que este río riega el pequeño pueblo de *Mandela*, hoy *Barde-la*. En fin, la elevada montaña de Lucretile, que daba sombra á la casa del poeta, es la *Corgnaletto* que todavía en la Edad Media se denominaba *Mons Lucretii*. Sin duda, la casualidad no puede haber reunido en el mismo sitio todos los nombres de lugar, mencionados por el poeta.

THE EDINBURGH REVIEW.

ARTÍCULO IV

Federico II y María Teresa, según documentos recientes 1740-1742; por el duque de Broglie: dos volúmenes en 8.º

Estos volúmenes son de verdadera historia, no de sátira; y como los actos y las palabras de Federico son en ellos apreciados con exactitud nunca vista, se aprende en ellos á distinguir la verdad del error y el Federico de la realidad, del Federico fantástico. Como francés, el duque de Broglie, naturalmente, no se inclina en favor del rey de Prusia; pero es igualmente exento de parcialidad en favor del Gobierno de Francia. Examina y condena con la misma severidad y análogo rigor la débil, mezquina y miope política de Fleury y la hipócrita rapacidad de Federico.

El principio de la narración nos remonta á la *Pragmática sanción*, por la que el emperador Carlos VI, á falta de herederos varones, dejó sus dominios á su hija María Teresa, y concluye en el tratado de Breslau.

ARTÍCULO V.

La ética moderna. 1.º *Sus datos*; por Hervert Spencer. 2.º *Sus métodos*; por el mismo. 3.º *Lecturas y ensayos*; por Clifford. 4.º *La ciencia ética*; por Leslie Stephen. 5.º *Ensayos en jurisprudencia y en moral*; por Federico Pollock.

Hay un antiguo criticismo en filosofía moral que no da señal alguna de progreso. Las distintas y sucesivas obras de ética publicadas en nuestro siglo, colocan al lector—generalmente en el último capítulo—frente á frente de problemas eternamente insolubles: la extensión y limitaciones del deber, el carácter de la intuición moral, la necesidad que tiene el hombre de ser moral, la conciencia, el libre albedrío, la responsabilidad, el remordimiento; hechos familiares estudiados por los hombres de ciencia en los términos de la tecnología antigua, ó disfrazados por los modernos con un velo de nuevas expresiones, tan sutil que á través de su tejido se perciben con toda claridad los antiguos lineamientos. Pero si, abandonando las inútiles investigaciones en busca de una moral nueva, nos fijamos en la extensión que el código moral alcanza, nada hay en el mundo tan progresivo como la Ética.

Cada nueva adquisición científica—ya sea en física, en biología, en fisiología, etc.—va dejando su huella para bien ó para mal en las especulaciones de dicha ciencia.

THE NORTH AMERICAN REVIEW.

SUMARIO.—*Intereses fabriles de América*; por Joseph Nemo.—II *Actual aspecto de la educación en los colegios*; por el presidente D. C. Gilman.—III. *El abuso de la ciudadanía*; por Edward Self.—IV. *Datos y deducciones de Spencer*; por el profesor Isaac L. Rice.—V. *Unas cuantas palabras sobre canto en público*; por Cristina Nilsson.—VI. *Tributación incidental*; por William M. Springer.—VII. *Influencia moral del drama*; por varios autores.

La emigración á los Estados Unidos, cumple una periodicidad perfectamente calculable.

Hé aquí un cuadro estadístico de las personas de origen extranjero que residían en la gran República en Junio de 1880.

El número total ascendía á 6.679.943, correspondientes á las siguientes nacionalidades:

Imperio alemán.....	1.966.742
Irlanda.....	1.854.571
América inglesa.....	717.084
Inglaterra.....	662.676
Suecia.....	194.337
Noruega.....	181.729
Escocia.....	170.136
Francia.....	106.971
China.....	104.541
Suiza.....	88.621
Bohemia.....	85.367
Gales.....	83.302
Méjico.....	68.399
Dinamarca.....	64.196
Holanda.....	58.090
Polonia.....	48.557
Italia.....	44.230
Austria.....	38.663
Rusia.....	35.722
Bélgica.....	15.535
Luxemburgo.....	12.836
Hungría.....	11.526

REVUE SCIENTIFIQUE.

SUMARIO.—*Sociedad de Geografía de París*; Conferencia de M. Charles Rabot.—*El granizo, las trombas y la electricidad*; por M. Le Goarant de Tromelin.—*Los fenómenos de la digestión en los animales invertebrados*; por M. E. Bourquelot.—*La evolución del troton americano*.—*Bibliografía*.—*Academia de ciencias de París*.—*Crónica*.

El artículo referente al caballo americano contiene observaciones y datos muy curiosos acerca de la evolución ó desarrollo del *troton* que se cria en el nuevo Continente.

M. Brewer en el *American journal of science* ha publicado un cuadro con los resultados obtenidos á fuerza de educación y herencia en *trotones* desde 1818 á 1881. En dicha tabla estadística se ve que en 1871, por ejemplo, había 99 caballos que recorrían al trote un kilómetro en un minuto y 31 segundos; que en el mismo año había 40 que podían recorrer igual distancia en un minuto y 30 segundos. En 1883 existían 495 caballos que recorrían un kilómetro en un minuto y 30; y 275 capaces de salvar esta distancia en un minuto y 29 segundos. En vista de esto, M. Galton, que se ha ocupado en igual asunto, establece el pronóstico de que en 1890 habrá 15 caballos que recorrerán un kilómetro en un minuto 24 segundos y $\frac{1}{3}$ todo lo más, y que el mejor caballo en el mismo año pasará esta distancia en un minuto y 20 segundos.

Madrid 1883.—J. Lopez, impresor, Caños, 1 triplicado.